Toda la correspondencia al Director

Telefono 1113

Vida Nueva

No se devuelven los originales

Telegramas: Vida-Nueva, Madrid

Núm. 2 — **Oficinas: San Agustín, 10. Madrid** — **19 Junio, 1898**

AN/1639

Biblioteca Nacional COMPRA

Un periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada ú oculta de nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

Las diferentes opiniones políticas, posiciones sociales y puntos de vista de sus redactores, son garantía de que cada cual de ellos podrá opinar y escribir como le parezca, y por cuenta propia.

Venimos á propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansía, LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que VIDA NUEVA será, no el periódico de HOY sino el periódico de MAÑANA.

Los nombres de las personas que en él han de escribir semanalmente, deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiera y la quieran llamar, pero no será nunca reaccionaria.

DE LA PAZ.

Sin vanidad podemos decir que el primer número de este periódico le ha parecido bien al público. La venta, la suscripción que acude, las opiniones de altos y bajos, prueban que el público está ansioso de que se le diga la verdad, sin pasión de partido y sin obedecer á influencia de nadie.

Y de todos los artículos que se han publicado en dicho primer número, literarios, científicos, políticos, el que ha producido más efecto ha sido el del jefe de los socialistas españoles, D. Pablo Iglesias.

Lo han reproducido muchos periódicos de Madrid y provincias; ha resonado, ha sido leído á estas horas por millares de lectores. No hemos recibido en esta redacción ninguna carta de protesta.

Hasta ahora, nadie se había atrevido á pedir franca y resueltamente la paz. Ningún periódico había hablado de paz, ni de independencias ni de abandonos.

Aparece el artículo político de Iglesias, y en el mismo número un hermoso artículo literario de Blasco Ibáñez, en el que se abomina de la guerra, y desde la conservadora *Epoca*, hasta el ministerial *Correo*, lo mismo *El Globo*, órgano oficioso, que *El Liberal*, periódico republicano, dan cuenta del breve y sustancioso trabajo del jefe del partido obrero, y lo copian. No lo han comentado, pero le han hecho inmensa propaganda. Ya es mucho.

Y observando nosotros esta corriente de simpatías en la prensa hacia una opinión tan sin disimulos expresada; y á pesar de que en los comienzos de la guerra éramos más belicosos que nadie, habiéndonos hecho pensar y reflexionar después las primeras catástrofes (porque para eso se razona, para ver lo que es más conveniente á la vida de todos y á la nacional), hemos dado también su importancia al trabajo de nuestro popular colaborador, porque su voz no es solo la suya, *son cincuenta mil voces.*

Cincuenta mil socialistas, ciento más ó menos, hay en España; más *pueblo* que ellos no hay nadie, porque son todos obreros, trabajadores; hoy operarios, mañana soldados. Son los primeros en oponer á la palabrería sin patriotismo práctico de los que no van á la guerra, ni dan dinero bastante á los apuros de la nación, razones de sentido común, de interés general, de irrefutable lógica para bien del pueblo.

Pues ahondando en la opinión, recorriendo instituciones y clases, podríamos hacer un recuento de los españoles que lógicamente ni pueden ni deben querer la guerra, y como el lector verá en seguida, quedaremos en gran minoría los que sin más armas que el sentimentalismo y la pasión del honor nacional, á cada desdicha que nos ocurre quisiéramos ir *á nado*, á conquistar el mundo... pero no vamos.

Contemos:

La monarquía.

No puede querer, ni le conviene la guerra á la Monarquía: primero, porque su misión moral es evitar toda guerra; y segundo, porque en caso de que la tragedia de la guerra tuviera desenlace funesto, la opinión que siente y no razona haría responsables á los que no lo son en este caso, sino víctimas de las circunstancias. Y en torno de la Monarquía hay intereses personificados que piensan como el Rey, y son muchos.

La Iglesia.

No puede querer la guerra *la Iglesia*. Su misión es de paz, sus representantes no pueden ni deben ser guerrilleros. Hablar lenguaje de soldado, no le es permitido al obispo; predicar el exterminio no es la misión del sacerdote. Y si en esta España hay verdadero sentimiento religioso y católico, habrá de obedecer á la voz de los que gobiernan en las conciencias. Representan los que predicando ú obedeciendo han de pedir la paz, millones de habitantes.

Las madres.

No quieren la guerra, antes la detestan, *trescientas mil madres* de soldados. Doscientas mil les tienen allá en las colonias durmiendo en el fango, muriendo en los hospitales, muertos ó heridos, arrancados á la labor de los campos, lejos de sus hogares. Las demás los ven amenazados de ir con los otros, ó de luchar aquí en sangrientas guerras civiles. Y lo que piensan trescientas mil madres hay que tenerlo muy en cuenta, porque es muy respetable, porque tienen razón, y no criaron sus hijos de su alma para eso.

El comercio.

No pueden querer la guerra el comercio, la industria, los que trabajan y producen; porque no consiste sólo la guerra en enviar á América barcos y dinero; con la guerra vienen la paralización, el alza en los cambios, la protección nacional arruinada, las letras protestadas, los almacenes vacíos ó llenos de mercancías invendibles, todo más caro, la quiebra, el descrédito, las fábricas cerradas, la huelga, el desorden, la ruina de todos.

Los agricultores.

No pueden desear la guerra los *agricultores*, el labrador, el que vive de la tierra, que cada vez se verá más grabada de impuestos, y con ellos vendrá la carestía, el alimento del pobre en doble precio, el hambre, la miseria, el fin de los de abajo.

Los rentistas.

No pueden quererla los *rentistas* cuyo egoísta bienestar será en breve plazo turbado. Para éstos, peligra el cupón, aumentarán las contribuciones, bajarán todos los valores. ¿Qué ventajas les ha de traer una guerra que les ha de dejar sin nada? Fatalmente pedirán la paz el día de mañana.

Los empleados.

No pueden desearla, sino temerla, los millones de *empleados* altos y bajos (sobre todo estos) de este Gobierno ni de ninguno de los que vengan tras él, porque ya saben que sus sueldos peligran, que á partir del mes que viene el descuento va á ser casi doble, que las economías inevitables amenazan á sus haberes, que todo está en el aire, que van á vivir de milagro, que sus hijos no comerán dentro de poco...

El Gobierno.

No la quiere el *Gobierno* actual, aunque aparente lo contrario, porque él no la buscó, le obligaron á ella, y si dió la autonomía fué porque creyó que era *la paz* y no contó con la infame perfidia americana. El Gobierno fué engañado, ya no tiene remedio, le roban á uno lo que tiene, la policía no encuentra á los ladrones, la familia se queda arruinada, hay que vivir, no se echa uno á la calle á robar, porque le prenderían, se hace *vida nueva*, se vive trabajando. La nación está en ese caso. No se puede recriminar lo que se ha hecho con buena intención. Cuenta nueva.

No pueden querer que siga la guerra los Gobiernos que vengan tras éste, porque colectiva ó particularmente lo han declarado así.

Silvela.

D. Francisco Silvela en pública junta lanzó la palabra *liquidación* y le aplaudieron 2.000 conservadores.

Gamazo.

D. Germán Gamazo, que representa, antes que intereses políticos, grandes intereses materiales, no puede ser partidario de una guerra que es la constante amenaza de todo lo que poseemos, vendemos y producimos. Castellano viejo y hombre de Estado, que diga si nos equivocamos al juzgarle de esta manera.

Romero Robledo.

No la pueden querer, en absoluto, los conservadores que acaudilla D. Francisco Romero Robledo, porque este hombre público piensa (como nosotros) que no hay más que dos soluciones al problema actual. O la guerra despiadada hasta lo imposible ó el abandono. Tal vez sus ideas, muy respetables, le hagan preferir lo primero, tal vez las nuestras, radicales de siempre, nos hagan preferir lo segundo.

Los republicanos.

No deben ni pueden quererla, en fin, los republicanos de todos los matices, ni los castelarinos, ni los salmeronianos, ni los herederos de Zorrilla, ni los federales de Pí; porque el partido republicano es esencialmente humanitario, se vería, si mandase, frente á una República hermana, la más poderosa del mundo, reconocería que antes que la guerra salvaje estaba en el deber de reconstituir la nación, no, no se puede ser republicano y predicar la guerra.

¿Quién le queda, pués, á la guerra de su parte?

¿Son acaso, como dicen, las inteligencias vulgares los 16.000 oficiales y 50 generales que allá, en Cuba, nos defienden y pasan y pasarán tantas privaciones inútiles, porque ni han de poder luchar con un enemigo poderosísimo en la mar, casi aliado con Inglaterra, ni con la falta de recursos y de dinero de su propio país empobrecido? No es admisible esta idea, el soldado sueña con su tierra, el oficial con los honores probables y lógicos, no con los que no pueden ganarse en condiciones imposibles.

¿La prensa?

¿Son, como otros pretenden, los periódicos por aquello de que á más guerra, más noticias, más telegramas, más curiosidad y más venta? Tampoco es admisible ésto, porque los periódicos son *ecos de la opinión* y si ven que ésta, más pronto ó más tarde, reconoce que antes que guerrear hay que vivir, lanzarán francamente la idea que acaso no se han resuelto á propagar por no herir eso que llamamos todos el sentimiento nacional que á veces raya en la manía ó en la locura, pasión, al fin, que no razona.

¿Los carlistas?

Quedan los carlistas, para quienes la guerra y sus consecuencias son suprema esperanza. Preparados están para levantarse en armas si una gran catástrofe decide de nuestra posesión en América. Estos predican la guerra y saben por qué. Para ellos después de la ruina de fuera sería probabilidad de próximo poder la guerra civil dentro. No está eso mal imaginado y dentro del carlismo es natural y lógico, pero entonces, después de las dos guerras allá lejos, tendríamos otra dentro de casa, la más sanguinaria de todas. Un horror más tras tantos horrores.

No, no quieren la guerra todos los que aparentan quererla. La gran cuestión es atreverse á hablar de paz con sinceridad. Ya han lanzado la idea los trabajadores. Trabajadores somos todos.

¿Pero cómo se ha de hacer esa paz? ¿Y en qué condiciones? preguntan todos. ¿Cómo puede ser eso?

Eso, si fuera [illegible] sabríamos cómo responderle y no nos conviene regalar ideas á nadie. No somos más que ciudadanos, y para eso tenemos Gobiernos, para que nos resuelvan estas cosas lo mejor que se pueda, antes de que ellas se resuelvan solas.

EUSEBIO **BLASCO.**

La Emperatriz Eugenia y Pí y Margall

«Me interesan todas las guerras, porque la guerra me arrebató mi imperio, mi hijo, y casi podría decir que mi esposo; y me interesa especialmente la guerra hispano-americana, porque soy española de nacimiento. Ignoro las exigencias de la diplomacia, pero sé que proponer la paz sería acto de valor moral y que nadie pensaría en tildar de cobardes á los españoles.

EUGENIA.»

«Cada día que la guerra dure es un paso más hacia nuestra ruina. Acabémosla. De quererla sostener, habríamos de aumentar nuestras fortificaciones, afianzar las que existen, proveernos de mayores y más poderosos buques, seguir arrancando gente al taller y al campo. ¿Es esto fácil? ¿Lo es para una nación exhausta como la nuestra? Cabe improvisar ejércitos, no armadas ni fortalezas que puedan resistir las descargas de los formidables cañones en uso. ¿Ni de qué serviría que los improvisáramos, si vencedores, vencidos, con ó sin la mediación de otras Potencias, perderíamos la isla de Cuba, causa y origen de los presentes males?

Terminar la guerra: tal debe ser hoy, en mi juicio, el primordial objeto y fin de la política, sin que nos distraigan ni pasajeros triunfos ni pasajeras derrotas.

F. PÍ Y MARGALL.»

Fumándose las colonias

(1815)

... Pisaba yo la Cámara real, aquella deslumbradora cuadra, colgada y ornada de amarillo, en cuyas paredes los más hermosos productos del arte (todavía no se había formado el Museo del Prado), recibían, diariamente, como gentil holocausto, el humo de los mejores cigarros del mundo... Casi en el centro de los testeros, media docena de hombres desvergonzados, sucios, casi desnudos y haraposos, otros con semblante estúpido y ademanes incultos, todos se reían de la tertulia constantemente embrutecidos por el vino. Eran *los Borrachos* de Velázquez... En un rincón junto al hueco de la ventana, refugiado en la sombra y casi invisible, estaba un hombre lívido, exangüe, cuya mirada oblicua lo atacaba todo desde el ángulo obscuro. Vestía de negro, y en una de sus manos llevaba un rosario. Era *Felipe II*. pintado por Pantoja.

Su Majestad D. Fernando VII, estaba sentado en un sillón á poca distancia de la chimenea encendida; tenía la cabeza echada hacia atrás, de modo que miraba al techo, dirigiendo hacia él el humo del cigarro.

—Artieda—ordenó bruscamente Fernando—trae cigarros.

El lacayo dió al Rey lo que éste pedía, y habiéndonos ofrecido á todos los presentes, fumamos. El humo de los cortesanos juntábanse con el del Rey en los en los obscuros ámbitos del techo, donde hacían cabriolas media docena de diosas y ninfas, pintadas por Bayeu.

Un lacayo anunció la visita de dos personajes, diciendo:

—D. Pedro Ceballos, D. Juan Pérez Villamil.

Pocos minutos después, en la tertulia y placentero corrillo, junto á la chimenea, y alrededor de nuestro Rey, eramos siete; ocho, contando con el astro hispano de que eramos satélites. Villamil hablaba poco y era hombre muy serio. Ceballos, por el contrario, gustaba de recrearse con sus propias palabras y era festivo.

....

—España es pobre, pobrísima—dijo Villamil—necesita los caudales de América para vivir con decoro.

—Y esos caudales de América, ¿dónde están?—preguntó el Rey.

—¡Ay, eso es lo que á todos nos contrista! Fácil sería gobernar la Hacienda si América no enviase los tesoros que aquí nos hacen falta. Esa gran canongía de nuestra nación no ha durado todo lo que debiera. Reflexione Vuestra Magestad, como Rey previsor, sobre la gravedad de esta situación. La América está toda sublevada y las juntas rebeldes funcionan en Buenos-Aires, en Caracas, en Valparaíso, en Bogotá, en Montevideo. Si Méjico está aún libre del contagio, los americanos [illegible] de trastornar también del mismo modo que el Brasil nos trastorna el Uruguay ó Inglaterra nos revuelve á Chile. La insurrección americana exige un gran esfuerzo. Es preciso mandar allí un ejército, pero para esto se necesitan tres cosas: hombres, dinero y barcos.

—¡Hombres, dinero, barcos!

—Lo primero no falta: pero ¿cómo los equiparemos y, sobre todo, en qué buques los lanzaremos al mar? Vuestra Majestad no tiene en su marina un sólo navío que valga dos cuartos y los arsenales carecen de elementos para la construcción.

—¡Risueño cuadro acabas de trazar!—dijo Fernando, hundiendo la barba en el pecho.

—Risueño no, pero sí verdadero—afirmó D. Juan Pérez.—Si ocultase á mi rey la verdad sería indigno del afecto que á Vuestra Magestad me profesa.

—Y que te profesaré siempre. Has hablado como un buen ministro. Nada de fantasías ni palabras bonitas. Así me gusta á mí... Pues es preciso buscar dinero, y buscar hombres, y buscar barcos...

—Estudiad un plan—añadió Fernando con dulzura—que mejore la situación. A uno y otro os sobra talento. Discurrid un plan vasto que nos proporcione recursos para sofocar la insurrección americana, sea creando impuestos, bien pidiendo dinero á los holandeses ó á los judíos de Francfort, bien logrando los buenos oficios de alguna nación poderosa... en fin, ya me entendéis.

—Ya manifestaré más adelante á Vuestra Majestad algo de lo mucho que he meditado sobre el particular—dijo Ceballos.

—Y tú, Villamil, discurre, trabaja, proponme algo.

—Señor...

—Hablaremos más despacio mañana... Puedes irte tranquilo y seguro de que sé apreciar tu lealtad. ¡Oh, Villamil!... No abundan los hombres como tú... Vamos, otro cigarrito.

Diciendo esto, Su Majestad, con aquella bondad peculiar que indicaba tanta honradez y nobleza en su carácter, ofreció un cigarro á D. Juan Pérez Villamil.

—Gracias, señor, acabo de fumar, respondió éste.

—Enciéndelo para salir. Como éste habrás fumado pocos... Mira, puedes llevarte todo el mazo—añadió ofreciéndoselo galantemente.

—Señor...

—Que vengas mañana temprano—repitió el Rey.—A ver si discurres algo. Y tú, Ceballos, si ves á Pepita... en fin, ya sabes: una superintendencia de provincia ó la bandolera vacante... lo que ella prefiera...

Los ministros salieron.

Fernando se levantó y con las manos en los bolsillos dió algunos pasos por la habitación. Ugarte le miraba sonriendo. El silencio se prolongó hasta que el mismo Soberano se dignara romperlo, preguntando:

—¿Qué dices á esto, Ugarte?

—Que admiro la paciencia de Vuestra Majestad. Según el Sr. Juan Pérez ya no hay colonias, ya no hay soldados, ya no hay barcos, ya los españoles no tienen alma para vencer las dificultades.

—La verdad es—dijo Fernando deteniéndose meditabundo ante la chimenea—que no estamos en Jauja. Y luego, dando un suspiro, añadió:

—Hay que despedirse de las Américas.

—¿Por qué, señor?—dijo bruscamente Ugarte. Se exagera mucho. Persona venida hace poco de allá me ha dicho que toda la insurrección americana se reduce á cuatro perdidos que gritan en las plazuelas.

—Lo mismo me ha escrito á mí un amigo—añadí yo—; unos cuantos presidiarios con algunos ingleses y norteamericanos echados por tramposos de sus respectivos países sostienen la alarma en aquellos lejanos reinos.

—Pues id vosotros á reducir á la obediencia á esas dos docenas de facciossos... Ahora dime si vas á enviar á América á esos soldados en cáscaras de nuez.

—No, señor, que los mandaré en magníficos navíos y barcos de transporte—repuso el arbitrista.

—Pero ya sabes que no los tenemos.

—Se compran.

—¡Se compran!... Y dice «se compran», como si costaran dos pesetas.

BENITO **PÉREZ GALDÓS.**

CONSEJO

No ahuyentes al mendigo sin socorro,
con viles amenazas:
cuando á un pobre rechazas de tu corro
¿sabes á quién rechazas?

¡Ah! Tan seguro estás de tu linaje
que no abrigas siquiera
ni lejano temor de que ese ultraje
de rechazo te hiera.

Ese, que en Dios al menos es tu hermano
¿sabes quién es de fijo?
¡Ah! ¡Teme hallar un padre en cada anciano
y en cada mozo un hijo!

Federico BALART.

Responsabilidades

No hay al presente palabra más llevada y traída que la palabra ***responsabilidad:*** no existe tampoco otra más vacía de sentido en el vocabulario de la política. Los ministros, según reza la Constitución, y según ellos afirman en sus discursos, «son responsables de sus actos»; las autoridades grandes y chicas, civiles ó militares, «no rehuyen género alguno de responsabilidad»; los representantes del país, un día sí y otro también, afirman que exigirán al Gobierno la debida responsabilidad en el momento en que desaparezcan «las altas razones de patriotismo» (otra frasecilla hueca), que ahora los tiene silenciosos y como amordazados... Todos hablan de responsabilidades y la responsabilidad no parece.

Y no parece porque no existe, y no existe porque no hay, ahora, quien la exija.

En el ingenioso mecanismo político que durante largos años tiene envuelto el país entre sus complicadas y sutiles mallas, la solidaridad necesaria en todo organismo, se ha convertido en complicidad. Los dos partidos que hace un cuarto de siglo vienen turnando en el poder no son opuestos, sino complementarios; para subsistir necesitan ayudarse, protegerse y encubrirse. Las faltas que uno comete son las mismas en que incurre el otro; ¿cómo han de echárselas mutuamente en cara? Cuando por acaso estalla entre ambos un comienzo de hostilidad, los argumentos con que se combaten son siempre el mismo: «más eres tú.» Les conviene, pues, estar en buena armonía. Por otra parte, las consabidas «altas razones de patriotismo» les vedan sacar sus trapos á la colada. ¡Tan sucios están! ¿Cuál de los dos partidos puede hacer responsable al adversario de que falsea las elecciones? El pucherazo, las actas en blanco, el cubileteo, el *cunerismo*, el encasillado, son instituciones comunes á los dos bandos. ¿Puede uno de esos partidos censurar al otro por la inmoralidad de gran número de sus respectivos funcionarios? Díganlo las depredaciones de Cuba y Filipinas, causas primeras de las guerras que actualmente nos desangran. Si una de las dos agrupaciones gobernantes se atreviera á tirar de la manta en este punto, ambas quedarían en desastrada y vergonzosa desnudez... No hay cuidado de que «nadie las mueva.» ¿Cuál de los dos partidos puede combatir el caciquismo, cuando uno y otro en el caciquismo están basados? La amovilidad de los jueces, la influencia política sobre los tribunales de justicia, el mal empleo de los fondos públicos, el abandono de sacratísimos deberes, ¿son, por ventura, cosas privativas del uno ó del otro bando? No hay que pensar, pues, en que se exijan mutuas responsabilidades; y siendo ilusoria la de los partidos, lo es la de las personas que á ellos pertenecen.

***

Échese una rápida ojeada sobre lo que ocurre en derredor nuestro. De la revolución acá se han sucedido en el Gobierno unas cuantas decenas de ministros; quiero suponer, para que no se me tache de pesimista, que 95 por cada 100 de ellos han sido dignos, honrados, probos y merecedores, en fin, de palmas, coronas y hasta de estatuas; pero ¿quién ha exigido responsabilidades á los otros? ¿En qué presidio han purgado sus culpas? ¿Qué

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Número suelto, 10 céntimos.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando dos sociedades entren en lucha legal, vencerá aquella cuyos sentidos la hayan suministrado mayor número de conocimientos y más precisos.

La condición indispensable para el perfeccionamiento y bienestar de una sociedad, está en la perfección de sus sentidos, y es una condición de progreso el preferir lo útil á lo decorativo.

E. LLURIA.

(Se continuará.)

Barcelona.

Barcelona se arruina con la pérdida de Filipinas, su comercio en Cuba está paralizado, los obreros se encontrarán sin trabajo allí dentro de poco...

Y sin embargo, Barcelona envia 10.000 duros mensuales para la suscripción nacional, Barcelona reune en cuarenta y ocho horas 70.000 duros para empezar las obras de defensa, Barcelona sabe silbar á los que vuelven ricos y sin gloria de Filipinas, Barcelona tiene iniciativas, energías, entusiasmo, virilidad, y de allí nos vendrá la vida nueva, ya que en Madrid no se piensa sino en hacer política, hablar de la mar y acudir á los toros.

Barcelona es la ciudad moderna por excelencia, en España. Es un pueblo de *trabajadores* altos y bajos, y por eso es próspera, rica, seria, y el porvenir es suyo.

Los Socialistas

VIDA NUEVA

La única fuente de riqueza, bienestar y poderío es el trabajo. Por él, no por las armas, llegan los pueblos á ser verdaderamente prósperos. El trabajo ha hecho poderosos á Alemania y á Francia, y ricos cual ninguno á Inglaterra y á los Estados Unidos.

Y así como el individuo que no trabaja, por rico que sea se arruina más ó menos tarde ó se degrada y degenera, otro tanto ocurre con las naciones. España es ejemplo vivo de ello. Laboriosa, un día fué rica, mas los gobernantes aniquilaron su industria, y desde entonces, despreciado el trabajo, reducido á lo indispensable para cubrir sólo las apremiantes atenciones de un pueblo, por desgracia, de necesidades muy limitadas, ha venido dando tumbos y acabará, si no se cambia radicalmente de conducta, por hundirse para siempre cayendo en extrañas manos.

La vida—aun para aquellos que esperan en otra mejor que la terrena—no es sino lucha continua contra la Naturaleza para hacerla subvenir á nuestras necesidades. Hay que trabajar para vivir y tanto mejor viviremos cuanto más persistente y más inteligente sea nuestro esfuerzo, pues tanto más pródiga se mostrará con nosotros la Naturaleza.

Para vivir, para redimirse de un pasado odioso, para entrar por derecho propio en el concierto de las naciones civilizadas, España no debe perdonar esfuerzo en el trabajo.

La política de quien ame de veras á esta desdichada tierra debe inspirarse en ese criterio, y á él debe subordinarlo todo. La política más hábil será aquella que mejor y más rápidamente desarrolle los intereses [illegible] materiales.

Dos reformas esenciales deben acometer, en nuestro sentir, cuantos se propongan hacer algo serio: la reforma de la Administración pública y la reforma de la educación.

La Administración sirve hoy, más que para otra cosa, para proporcionar «alternativamente» sueldos y gabelas á los amigos y paniaguados de los partidos «turnantes» en el poder. En ella se ingresa, las más de las veces, sin aptitud para el desempeño de los destinos, con lo cual, sobre no conseguir jamás que el personal sea idóneo, se alienta la inmoralidad y por la misma inseguridad se impide que la práctica supla las aptitudes de que carecen muchos empleados. Hasta cuando se acometen reformas en la Administración antes se atiende á crear nuevos destinos que al bien público. Rutinaria hasta lo absurdo, ignorante é inmoral, urge que se revolucione por completo la Administración pública si se quiere convertirla de rémora en auxiliar del trabajo.

Supresión de gabelas y prebendas, mejores sueldos á personal idóneo, reducción de los destinos á lo necesario, sencillez, facilidad y rapidez en los procedimientos, hé ahí lo que debe procurarse si se quiere que la Administración sea inteligente ya que no honrada, cosa ésta imposible de alcanzar en el régimen presente, basado en el mutuo despojo. La Administración pública debe ser como ciertos criados de buenas casas, que roban á los amos, pero les sirven bien.

Otra rémora del trabajo es la educación. La fórmula de «más industriales y menos doctores» es buena, pero hay que procurar que esos industriales sean verdaderos industriales. Los ingenieros, los químicos, los naturalistas, los mismos hombres que aspiren á regir los destinos del país, deben formarse, no sólo en las aulas, sino en las minas, en las fábricas, en el campo, viendo tierras, gentes é instituciones, bregando con la naturaleza. Bien está que un ingeniero sepa muchas matemáticas, mucha mecánica, mucha agricultura; pero no le estará mal saber manejar la lima, el martillo, el arado, el azadón. Que la teoría marche de la mano con la práctica, que quien ha de mandar sepa hacer.

También ha de procurarse que quienes han de obedecer, quienes han de constituir la masa laboriosa, adquieran una instrucción que les haga *instrumentos inteligentes*, para lo que es preciso reformar por completo la instrucción primaria.

Urge, en suma, una completa y radical reforma de la educación, y urge también que se propague la instrucción por todos los medios imaginables. Cuanto se haga por extenderla será poco.

Como se tome por todos con empeño é inteligencia la tarea de convertir estas dos grandes rémoras del trabajo en impulsoras de él, bien pronto España será rica y feliz, pues para ello tiene excelentes condiciones naturales.

Hay en nuestra patria de 25 á 30 millones de hectáreas de tierras incultas. Con ocho grandes ríos que recorren más de 4.000 kilómetros y reciben unos 640 afluentes, sólo el 4 por 100 de las tierras es de regadío, así que rinden no más que ocho hectólitros de trigo por hectárea cuando en Inglaterra dan 20.

Con un terreno apto para todo género de cultivos, rico en primeras materias, cruzado por ríos susceptibles de ser canalizados para el riego y la navegación y aun de ser utilizados para motores de la industria, España sostiene una población de 34 habitantes por kilómetro cuadrado, en tanto que Bélgica sostiene con largueza 203 en el mismo espacio de terreno.

Abunda en nuestra tierra el hierro, el cobre, el plomo, el azogue, la hulla, la lana, el lino, la madera, todas las primeras materias de la industria; nuestra posición geográfica es buena así para el comercio como para no vernos precisados á realizar enormes gastos militares.

¡Y con tales elementos, que podrían ser base de prosperidad, las gentes emigran á América y á Argel en busca de trabajo...!

Más de 50 poblaciones de 10.000 á 30.000 habitantes carecen de ferrocarril; infinidad de ellas de 5.000 á 23.000 habitantes no tienen carretera y muchas, muchísimas, de 1.000 á 6.000 habitantes no tienen ni aun camino vecinal.

No; basta ya: á construir líneas de ferrocarril y carreteras, á canalizar los ríos, á formar pantanos, á explotar las canteras, las minas y los montes, á cultivar las tierras incultas, á establecer por do quiera fábricas que nos liberten del obligado tributo á los extranjeros, que nos envian productos fabricados con primeras materias extraídas en nuestro suelo. ¡A trabajar!

¡Vida nueva! Todos, todos, sean cuales fueren las ideas políticas, económicas y sociales que profesemos y la clase á que pertenezcamos, estamos interesados en que España, el país donde vivimos, sea rico y feliz, porque cuanto más rico y más feliz sea, mayor suma de bienestar disfrutaremos y más y mejor podremos trabajar por extender é implantar nuestras particulares ideas.

Empujar para que España salga del pantano es obra patriótica y que redunda en beneficio de todos, es una verdadera obra social.

JUAN JOSÉ **MORATO**.

En nombre del progreso

Cuando las gentes, exaltadas, locas de dolor, reconociendo unánimes la torpeza de los ministros, piensan en quiénes pudieran sustituirlos y salvar á España, el salvador no parece. La lista de los hombres públicos se recorre casi con más asco que la de las mujeres públicas; y se dice Sagasta, Silvela, Salmerón, Romero Robledo y D. Carlos, como se pudiera decir, entre personas honradas, la Paca, la Pura y la Pepa.

Todos han puesto mano en la agonía de la nación. Los carlistas con sus guerras civiles, los liberales y republicanos con sus motines y su afán loco de destruir el Ejército y la Armada *en nombre del progreso*. Hoy que necesitamos soldados y barcos como el hambriento pan, nos encontramos con que sólo nos queda una tradición de honor y valentía.

Salisbury ha dicho que somos un pueblo moribundo. Crispi que continuamos en la Edad Media. Entretanto muchos periódicos de Madrid aun afirmaban hace ocho días que el general *No importa* sigue y debe seguir siendo el número uno en el escalafón de los generales españoles.

Valor, sí. Pero cada vez que hemos visto en esta tierra de las ganaderías bravas cómo un toro que desafía al tren es arrollado y destrozado por éste, que prosigue su marcha impasible y triunfal entre bocanadas de humo y resoplidos de monstruo, debímos comprender, como lo comprendían otras naciones más cultas, que la acometividad de raza, y la democracia y la libertad de nuestros platónicos amores á la civilización, exigen todavía, en el siglo, XIX sobre el corazón el acero que le defienda, el cuartel cerca de la cátedra y el acorazado junto al buque de comercio.

Al observar que Inglaterra, Francia, los Estados-Unidos, Italia, Rusia y Alemania producían máquinas formidables para combatir á la vez que doctores y poetas, nuestros pensadores á la antigua debieron sospechar que esos Ejercitos y esas Armadas pudieran ser las locomotoras gigantescas en cuyo paso representáramos quizás el papel de toro valentísimo plantado en la vía; y debieron comprender nuestros pensadores á la moderna, es decir, los *intelectuales*, que todavía necesita cada pueblo seguir protegiendo su progreso con murallas de acero.

[illegible] Singer; pero también es progreso el fusil de repetición que se entrega al soldado y el barco donde toda la ciencia ha concurrido para hacerlo invulnerable y temible.

La guerra podrá ser hoy una barbaridad de la mecánica, como fué antes una barbaridad de la valentía. Lo cierto es que sigue siendo una barbaridad universal. Y mientras lo sea, vale más Italia, sacrificandose despacio con su paz armada, que España repentinamente destrozada con sus fantasticas é inofensivas audacias y su risible *No importa* conservando el número uno en el escalafón.

¡Ojalá que las catástrofes presentes, sirvan á lo menos de lección para el porvenir!

C.

¡OH, EL AMOR!...

Se miraron á un tiempo, con extrañeza;
los dos se contemplaron breves instantes;
él quedó enamorado de su belleza,
y ella quedó prendada de sus brillantes.

En varias ocasiones, después, se vieron,
ella siempre incitante, y él decidido;
una tarde de otoño se comprendieron,
y acordaron gozosos formar un nido.

Pero la dicha pasa con ligereza,
y al fin cesó el capricho de los amantes.
. . . .
Él quedó enamorado de otra belleza,
y ella quedó prendada de otros brillantes...

PEDRO **SABAU**.

Consulta pública[1]

Sr. D. Eusebio Blasco:

He leído con deleite el primer número de VIDA NUEVA. ¡Buen periódico, bueno de verdad!

Leyéndole he sentido comezón de ver en letras de molde una idea que rebulle en mi caletre hace días, cuya explanación (la de la idea) dejo al cuidado de usted, que tan bien sabe decir todas las cosas.

La llamada suscripción nacional asciende actualmente á unos 17 millones de pesetas; es decir, que los españoles residentes en la Península y en el extranjero, al ver la patria en peligro, nos hemos apresurado á entregar por salvarla menos de lo que costaría un buen crucero.

Y digo yo: ¿no sería curioso comparar esa cifra con la que *damos* todos los años para el sostenimiento de conventos y demás clase de asilos y centros de enseñanza, ó cosa así, manejados por frailes y monjas? ¿No sería también curioso compararla con lo que valen y representan los edificios levantados en los últimos veinte años para albergues ó guaridas de esa santa gente? Y no crea usted que, siguiendo el camino á que nos conduce nuestra protección frailuna, va á llegar día en que los españoles exclamemos: ¡Quién fuera tagalo!—CHACOLÍ.

***

Las naciones, como el hombre, tienen su infancia, su adolescencia, su edad adulta y su ancianidad ó decrepitud.

En la *infancia*, nada hacen, nada resuelven; viven sin sufrir metamorfosis, como en estado de larva, hasta que es llegado el momento de despertar de esa vida adormecida y moverse por propios impulsos.

Entonces entran en su *adolescencia*; viven felices, sin disgustos ni sinsabores, preparando su educación, creándose ideas propias, buscando en las flores del progreso y de la civilización el néctar de sus cálices, que saborean con deleite, pero sin comprender su delicado dulzor.

Llegan á la *plenitud de la vida*, y se levantan orgullosas y arrogantes, hermosas de soberbia, con alientos, con entusiasmos, con energías para las más grandes empresas. Ensanchan su radio de acción, muévense con holgura y, poniendo en incesante movimiento y con verdadera fe sus esfuerzos, buscan con afán la rectitud de ideas, la pureza de sentimientos, la honradez de aspiraciones que han de servir como elementos poderosos de armonía para su vida social.

Pero todo pasa; entran en el período de la *ancianidad*, de la decrepitud, y hacen alto, insensiblemente, en la marcha uniforme de su vida.

Todo decae; desapareció la intrepidez, el vigor, el ingenio; sus movimientos son tardos y pesados; la vida se hace débil é indiferente, y la calma, la tranquilidad, son su patrimonio. No las llaméis, que no responderán.

Dejadlas que se consuman, que mueran, para que sobre sus restos, humeantes todavía, se levante, bajo más anchurosas bases, una nueva vida, robusta, varonil, exuberante, vigorosa, con su espíritu de progresión propio á su nacimiento... Y entonces, ¡confiad en ella!

España en su *edad adulta*, en su estado perfecto, tuvo su bienestar, sus glorias, sus grandezas. Esfuerzos de esta edad fueron el «Dos de Mayo, Bailén, Zaragoza...»

La protesta terrible en 1885 sobre las islas Carolinas fué el postrer esfuerzo de las energías de España, el adiós de la plenitud de sus fuerzas para entrar en la vejez.

El sistema asqueroso de las ambiciones y de los egoísmos hirió las vísceras de su vida orgánica, y la muerte es inevitable.

J. DE M.

***

Sr. Director del periódico VIDA NUEVA.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

Habiendo tenido el gusto de leer en el periódico VIDA NUEVA, artículos tan notables, no sólo por las firmas, sino por lo que enseñan; aunque modesto obrero manual, no quiero ser de los últimos en felicitarle por la nueva aparición de un periódico que llena las aspiraciones del más exigente.

Tiempo es ya de romper moldes viejos, dejando la rutina, y se enseñe á la juventud antes que nada, lo que representa y lo que tiene que ser; que desaparezcan esas reseñas tan extensas de tiros y puñaladas para ocuparse en abrir horizontes donde pueda estudiar y despejar la inteligencia.

Por esto yo, aunque humilde y obscuro obrero, cuando veo la aparición de un periódico ó libro, lo saludo como cosa digna de respeto y admiración; en cambio, cuando á los acordes de la marcha de Cádiz ó del himno de Riego se abre una taberna, digo: pobre España; si construyen un convento, digo: desgraciado país. Contestando á la consulta pública, y después de saber que el periódico será todo menos reaccionario, me permito emitir mi humilde opinión, tal vez la de muchos.

Dice la pregunta que en la cuestión de las Carolinas, el pueblo protestó de una manera enérgica y patriótica, y hoy, ante un conflicto mayor, se muestra indiferente. En 1885 se hacía algo en política (preparación del 19 de Septiembre del 86), y aun cuando los jefes no han estado nunca unidos, el pueblo sí, no había otra cosa que distrajera la atención; pero en trece años transcurridos, hasta el número es de mal agüero, tenemos varias guerras que lamentar y muchas vergüenzas que ocultar por fuera; es cosa reciente: el decir viva España, ha sido delito para ingresar en la cárcel ó verse apaleado; he presenciado un caso en que sin hablar, le dieron varios garrotazos en la plaza del Angel á un individuo.

Este malestar que se nota, muchos dicen que es por la falta de creencias; por el contrario, se debe al elemento frailuno. Desde 1885 han tomado posesión de España todos los haraganes expulsados de otros países, debido al cariño con que han sido recibidos por nuestros gobernantes; tanto se les ha mimado y consentido, que son los dueños de vidas y haciendas de los españoles. No es extraño esta indiferencia; se aspira una atmósfera viciada por arte del diablo; se valen para sembrar la desconfianza entre los amigos, aun dentro de casa; enemigo de todo lo grande, que nada respeta, que en todo se mete y sale triunfante; enemigo que atropella la libertad en el sentido grande y humanitario que tiene esta palabra, que quiere encadenar lo verdaderamente libre, el pensamiento, donde ni aun el derecho de morir le dejan al ciudadano.

Por estas causas es por lo que nunca mejorará de situación el hombre; mientras acaparan dinero y expulsan de las cátedras dignos profesores, el pueblo se embrutece, se aniquila; falto de fuerzas para luchar, muere maldiciendo esta sociedad tan corrompida é hipócrita, esta es mi opinión.

Dispense sea extenso, no puedo decir en menos palabras lo que siento, y deseando al periódico larga vida, se ofrece de usted su s. s. q. b. s. m., *Andrés Solana*.

Madrid, 14 de Junio de 1898.

Sr. Director: Si cree conveniente la publicación de esta felicitación, tendrá usted la bondad de firmar «Un zapatero remendón ó de portal», por ser la ocupación, aunque humilde pero honrosa, con la cual gano el pan para mis hijos, por lo que le doy las gracias y le deseo salud.

La colegiación forzosa de los médicos.

No es de extrañar que el planteamiento de la *Colegiación obligatoria*, haya causado tan hondo disgusto en la clase médica española; es un asunto de vital interés, de capital transcendencia, y por ello ha suscitado y seguirá promoviendo acaloradas discusiones, entre los que la proclaman como salvadora, y los que la presentan como la mayor calamidad que podía sobrevenir á cuanots ejercemos la medicina.

En nuestra modesta opinión, no es ni una ni otra cosa; *la colegiación obligatoria se impone*, pero *no* en la forma en que ha sido proyectada; crear castigos, decretar multas, suspender en el ejercicio profesional durante un tiempo determinado, dar patentes de privilegio para ejercer ciertos cargos en las Juntas directivas á los que paguen solamente las primeras cuotas de contribución, como si el mérito de un cerebro, estuviera representado por el número de duros, que la farsantería muchas veces, y la audacia no pocas, puedan proporcionar á algunos médicos, todo esto que á la ligera hemos señalado, y que si detalláramos, nos ocuparía largo espacio, son datos en contra de la colegiación obligatoria, que por llamarse así resulta antipática en este último tercio de siglo, donde la libertad y la irresponsabilidad en todos terrenos, rayan en escandalosas.

Los artículos 223, 225, 226 y 227 del Código penal, son atropellados en el nuevo proyecto de colegiación; el 389 prohibe imponer multas á cuantos carezcan de autoridad gubernativa ó judicial, y con arreglo al 205, se suscitarán mil pleitos, pues ordena sea condenado, quien decreta una multa arbitraria, con la misma pena que antes impuso; calcúlense las reclamaciones que habrían de entablarse contra las juntas de los Colegios médicos, á quienes se les ocurra disponer tales castigos.

Urge que á la mayor brevedad se nombre una Comisión, que siendo poco numerosa, reuna garantías de ilustración, buena fe y amor á la clase, en la cual estén representados por mayoría de votos, todos los organismos que constituyen el cuerpo médico; ésta tendría por cometido quitar del proyecto actual todo lo malo, adicionándole algo bueno que falta, para que *dentro de la mayor libertad posible*, se ponga coto á los desmanes de ciertos profesores, se evite que muchos ejerzan sin pagar la patente que les corresponda, se atajen las audacias de muchos intrusos que despachan medicamentos y visitan enfermos causando daños sin fin á los ignorantes ó avariciosos que se ponen en sus manos, y por último se llegara al establecimiento de *tribunales de honor* formados *no por los que paguen patente más cara*, sino por aquellos que por sus *años, cargos que ejercen, inmaculada historia científica, é independiente posición social* sean garantía de justo fallo, en cuantos asuntos se sometan á su examen. En síntesis: *colegiación obligatoria*, pero no el actual proyecto, y sobre todo procurar mucha *educación* y *cultura científica* en la clase, que esto vale más que cuantos reglamentos, disposiciones y pragmáticas puedan concebir los más amantes de nuestro bienestar.

La falta de espacio nos impide publicar más opiniones. Lo haremos en el número próximo.

Dr. CALATRAVEÑO,
Director de «*La Correspondencia Médica*»

VIDA INTELECTUAL

AL TRAVÉS DE LAS REVISTAS

La España Moderna.—Muy interesante es el texto que publica en su número de Junio esta revista. A más de continuar la novela *El Deseo* cuya traducción directa del alemán ha hecho el distinguido escritor don Ramiro e dMaeztu, da á conocer D. Juan Pérez de Guzmán muy curiosas referencias de «La Mujer española en la Minerva castellana», estudio de copiosa erudición que demuestra en qué medida ha influido la mujer en el desenvolvimiento de las letras patrias. A renglón seguido nos habla el Sr. Bernaldo de Quirós de los «Últimos estudios de criminalogía» en los cuales se propone seguir—según declaración propia—la marcha de las Investigaciones criminalógicas. El primer trabajo del Sr. Quirós contiene noticias, extractos y documentos de esa índole divulgados desde los Congresos de Bruselas y París durante el año 1897. Hay también en el último número de *La España Moderna* una reseña crítica del Congreso de Higiene y Demografía celebrado recientemente en Madrid, una Crónica de política internacional que firma el Sr. Castelar, cuyos períodos más brillantes están acentuados por una nota de indignación contra el pueblo norte-americano» que por el placer de piratear como el tiburón, ataca sin humanidad á pueblos pacíficos y libres y soberanos de sí mismos. Este pueblo yankee—escribe el Sr. Castelar—quiere pasar por un modelo y director de pueblos. ¡Vana pretensión después de todo lo sucedido! ¡Cómo si un asesino y un ladrón á cadena perpetua condenado por las leyes y por los tribunales quisiese desempeñar en próvida escuela el ministerio de sabio maestro para enseñar la ciencia, y de modelo ejemplarísimo para prosperar lo moral...! Antes de los Datos bibliográficos que redactan los Sres. Dorado Montero y Posada (don Adolfo), expresa el cultísimo escritor Sr. Gómez Baquero sus juicios de las obras literarias recientemente publicadas. Fuera parte de lo que ese escritor opina de las doctrinas de Nietzzche, que estima peligrosas, hay que fijarse en lo que dice del Sr. Sanz Escartín. Este Sr. Sanz Escartín—la verdad por delante—ni es hombre de ideas propias, ni escritor capaz de disfrazar con un estilo suyo, personal, las ideas de otro. Quien haya leído su folleto acerca de «Federico Nietzzche y el Anarquismo intelectual» no me dejará por embustero. No recuerdo haber leído nada tan vacuo y hojarascoso en los días de mi vida. Y ese caballero pasa á los ojos de mucha gente por un pensador. En el folleto á que aludo, se guarda muy bien el Sr. Sanz Escartín de estudiar las tendencias anarquistas de la literatura moderna, tarea muy superior á sus fuerzas, pero, se atreve en cambio á exaltar un arte que se funde y cimente sobre bases de valor, fidelidad, religión, cordura, y... la biblia. ¿Quiere usted decirme, Sr. Escartín qué tienen que hacer la religión y la verdad en el arte? Es lástima que esas ideas—de algún modo hemos de llamarlas—divulgadas por un discípulo laico de Loyola hayan encontrado su cátedra en el Ateneo. Y lo que es aún peor y más lamentable, es que la casa editorial de Alcan traduzca al francés obras del Sr. Sanz Escartín.

Correspondant.—El arzobispo de Nancy muestra en un artículo un cuadro estadístico de los progresos que hace el alcohol en Francia, el país más castigado por esa plaga.

«Se puede calcular—dice el articulista—que la décima parte de nuestra población consume ella sola el 75 por 100 de la producción del ajenjo y de otros espíritus alcohólicos. Esa producción se elevó en 1894 239.000 hectolitros. Los cuatro millones de habitantes comprendidos en esa décima parte de la población francesa vienen á consumir á razón de 40 litros de aguardiente de 100 grados ó sean 4.000 copitas (diez al día) por individuo.»

El sabio prelado hace notar que desde 1894 acá, el consumo ha aumentado en proporciones aterradoras. «Las mujeres—dice—ceden de día en día con más enfermiza pasión á esa costumbre suicida. Se da el caso de que en ciertas fábricas sean objeto de burla las muchachas que se niegan á beber aguardiente. El vicio no perdona ni á los niños de 10 y 12 años. Es terrrible. El alcoholismo roba á Francia más hombres que las fatigas de la guerra y que las balas del enemigo.»

El arzobispo de Nancy, seriamente entristecido de esos funestísimos resultados, no da con el remedio que pudiera aplicárseles. Se limita, cuando menos, á repetir lo que ya se ha dicho. Limitación del número de tabernas, aumento del impuesto sobre los alcoholes, apoyo decidido á las sociedades de templanza, influencia del oficial sobre el soldado y del patrono sobre el operario, etc..., toda la cantinela de sentimentalismos vacíos, sin omitir, por supuesto, la intervención del clero.

MANUEL **BUENO**.

Por exceso de original tenemos que reservar para próximos números muchos y muy notables trabajos, de colaboración de distinguidos escritores y de lectores de VIDA NUEVA, que nos han enviado interesantes artículos y estudios sociales ó literarios.

También nos quedan por publicar muchas cartas de respuestas á la *Consulta pública* que iniciamos en el número primero.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Valladolid.—Celestino González.—Enviado último pedido. Desde el presente número se le aumenta según pide.

Marbella.—Enviados 5 ejemplares, que continuarán enviándose y cargándosele en cuenta.

Écija.—Juan de los Reyes.—Servido pedido y se continuará remitiéndole.

Málaga.—Agustín Alcalá.—Servido pedido. En adelante 100.—Condiciones las del anuncio.

Coruña.—Lino Pérez.—Remitidos 100. Se continuará haciéndolo. Aceptado exclusiva.

Tarrasa.—Remitidos 5. Condiciones las del anuncio.

Málaga.—José Duarte.—Remitidos los ejemplares que pedía. Desde el próximo número se le mandarán los 25 que desea.

Logroño.—Hermenegildo Zabala.—Se le mandará los 25 que pide, desde el número próximo.

Gijón.—Cándido Díaz.—Idem, id.

Villacañas.—Vicente Osuna.—Idem, id.

Huelva.—Rogelio Buendía.—Se le mandaron los 50 ejemplares que pedía.

San Sebastián.—Viuda de Bizcarrondo.—Se la mandará desde el número próximo, los 100 ejemplares que pide.

Granada.—Samuel Núñez.—Se le remitieron los 75 que pedía.

Salamanca.—José Barazal.—Idem los 100 que encargó.

San Sebastián.—Román Gaytán Ayala.—Anotada suscripción trimestre.

Tortosa.—José M. Bernio.—Se le envían los ejemplares que pide del número primero y se le enviarán los que señala para el próximo.

Barcelona.—Enrique Romeu.—Se le mandan los 25 ejemplares del número primero. Para el próximo recibirá circular.

Villafranca de Córdoba.—Felipe Valdivieso.—Queda suscripto como desea. Se le escribe carta-correo. Gracias por el donativo.

Bilbao.—Ildefonso Irala.—Puede mandar importe de los 150 ejemplares según indica. Recibirá instrucciones.

Sevilla.—Manuel Huelva.—Queda suscripto por un trimestre. Se le mandará recibo.

Jerez.—Miguel Gener.—Se envían los 10 ejemplares del número primero y se le mandarán los 25 del próximo.

Olivenza.—Melitón Mateo.—Se toma nota de lo que pide.

Oviedo.—Manuel Fernández.—Se le mandarán los 75 ejemplares del próximo y siguientes.

Tarrasa.—Tomás Torriere.—Conforme con la suya.

Port-Bou.—J. Pacaren Isern.—Recibido importe de suscripción por un trimestre.

Ateca.—Vicente Moros Varea.—Se le mandarán los ejemplares que pide.

Écija.—Juan Herrera.—Se le envían los 10 ejemplares del número primero y se le mandarán en lo sucesivo los que pide.

Valladolid.—Celestino González.—Se le mandan los 50 del primer número y se le enviarán los 200 que desea en lo sucesivo.

Castellón.—Felipe Sanchiz.—Se le enviarán los ejemplares del próximo número y los que pide en los sucesivos.

Alcoy.—Miguel Escalado.—Se le enviarán los 50 ejemplares que desea.

Carrión de Calatrava.—Mariano Verzosa.—Queda usted suscripto como desea é irán los 25 ejemplares á D. Segundo Madrid.

Almendralejo.—Andrés Amieva.—Se le remitirán los 25 números semanalmente.

Alicante.—José Eiras.—Recibido importe suscripción por un trimestre.

Constantina.—Francisco Sánchez Arjona.—Queda suscripto por un año según desea, y puede remitir importe cuando guste.

San Sebastián.—Dionisio Bearon.—Tomada nota de sus deseos se le enviarán los 200 números.

Granada.—Salvador B. de Castro.—Recibido su importe de suscripción por un semestre.

La Unión.—Alfonso Mullor.—Conforme con la suya.

Bilbao.—Luis Dochao.—Le mando el periódico para que vea condiciones.

Mérida.—Antonio Alcantú Guzmán.—Conforme con su carta, se mandarán los 50 ejemplares á D. Toribio Macías.

Sevilla.—Carlos del Río.—Se enviarán los 1.200 que pide del próximo número y al Sr. Tosso de Huelva los 50 que desea del primero. Mil gracias por su entusiasta actividad.

Valencia.—J. Vinaeixa.—Desde luego tiene usted la exclusiva. Se le escribe correo. Los 22.000 ejemplares tirados van siendo insuficientes para servir pedidos, dudamos poderle enviar más de los 900 ya enviados del primer número. Para el próximo aumentaré tirada.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

VIDA NUEVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), **Blasco Ibáñez** (Vicente), **Cavia** (Mariano), **Fernández Villegas** *(Zeda)* (Francisco), **Jurado de la Parra** (José), **Lluria** (Enrique), **Nakens** (José), **París** (Luís), **Pérez Galdós** (Benito), **Picón** (Jacinto O.), **Sellés** (Eugenio), **Soriano** (Rodrigo), **Trigo** (Felipe), **Verdes Montenegro** (José).

COLABORADORES

Aguilera y Arjona (Alberto), **Alas** (Leopoldo), **Alcaide de Zafra** (Joaquín), **Alzola** (Pablo), **Arnedo** (Luís), **Arpe** (Celedonio), **Arpe** (C. J.), **Aza** (Vital), **Barrantes** (Pedro), **Beruete** (Aureliano), **Blasco** (Ricardo), **Bueno** (Manuel), **Cabezón** (Eustaquio), **Cadenas** (José Juan), **Calderón** (Alfredo), **Campión** (Arturo), **Canals** (Salvador), **Carmena y Millán** (Luís), **Carracido** (José), **Castelar** (Emilio), **Catarineu** (Ricardo), **Colorado** (Vicente), **Corugedo** (Emilio), **Costa** (Joaquín), **Cuellar** (José), **Dicenta** (Joaquín), **Dorado** (Pedro), **Echegaray** (José), **Echegaray** (Miguel), **Feijóo** (Alfredo), **Fernández Shaw** (Carlos), **Francos Rodríguez** (José), **Fuente** (Ricardo), **Funes** (Enrique), **Gavaldón** (Luís), **Gener** (Pompeyo), **Gil** (Ricardo), **Gil** (Rodolfo), **Gómez Baquero** (Eduardo), **González Serrano** (Urbano), **Herrero** (José J.), **Icaza** (Francisco), **Iglesias** (Pablo), **Iglesias** (Santiago), **Laserna** (José), **López Silva** (José), **Limendoux** (Félix), **Maestre** (Tomás), **Maeztu** (Ramiro), **Melero Betegón** (Enrique), **Méndez** (Félix), **Menéndez Pelayo** (Marcelino), **Miranda** (David), **Morote** (Luís), **Moya** (Miguel), **Multedo** (Manuel), **Navarro Ledesma** (Francisco), **Núñez de Arce** (Gaspar), **Ortega Munilla** (José), **Palacio** (Manuel del), **Perés** (Ramón de), **Pérez** (Dionisio), **Pérez y González** (Felipe), **Prieto Mera** (Francisco), **Ramos Carrión** (Miguel), **Reina** (Manuel), **Ribagorza** (Conde de), **Roure** (José de), **Royo y Villanova** (Luís), **Royo Villanova** (Ricardo), **Rueda** (Salvador), **Rusiñol** (Santiago), **Sabau** (Pedro), **Sala** (Emilio), **Salillas** (Rafael), **Sánchez Guerra** (José), **Serrano de la Pedrosa** (Francisco), **Solsona** (Conrado), **Terán** (Luís), **Thebussem** *(Doctor)*, **Torrijos** (Antonio), **Unamuno** (Miguel), **Urales** (Federico), **Valera** (Juan), **Varela Díaz** (Aurelio), **Vega** (Ricardo de la), **Verdegay** (Eduardo), **Vicenti** (Alfredo), **Zahonero** (José).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Extranjero *(Unión Postal)*, año	5	francos.
En Madrid y provincias, trimestre	1,50	pesetas.
Mano de 25 ejemplares	1,50	»

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto, **10 céntimos**.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

(1) Respuestas á las preguntas que hacíamos al público en el número primero.

© Biblioteca Nacional de España

La salud del obrero

Una de las primeras condiciones de prosperidad de una nación, reside en la robustez y energía de los hombres que la nutren con su esfuerzo y su labor. De esto nadie mejor que los ingleses se han dado cuenta, y su renombrado comfort, no representa el lujo de la vida, sino que es la aplicación científica de los caracteres que requiere el medio en que vive el individuo, para que no arruine su salud, sino antes al contrario la fomente. En Inglaterra existe un verdadero culto por la salud física, convencidos como están, hasta la evidencia, de que la fuerza de la Nación, es la suma de la fuerza de todos sus individuos: como consecuencia de ésto, desde la choza del labrador, hasta las escuelas y los talleres, están apropiadas al desarrollo y vigor del individuo; ese es el verdadero objeto del comfort.

No le bastaría á nuestro obrero una buena alimentación, que reparase sus fatigas, sino que son elementos esenciales la *luz*, el *aire* y el *calor*; son el pan de la salud del pobre.

Cuando vemos esos congresos de higiene, cuando vemos esa serie de tratamientos, que todos los días se anuncian para curar la tuberculosis, para no citar más que un caso, no podemos menos de sorprendernos, cómo por tanto tiempo persiste la medicina en plantear el problema de la salud de una manera absurda.

Mientras los individuos vivan en condiciones deficientes; mientras no se repongan convenientemente de sus fatigas, mientras no tengan, mucho aire, mucha luz que vivifica, y el calor que economiza fuerzas, nada se adelantará; el trabajador que en invierno sufra del frio, convertirá en calor sus propias energías, y es un factor más que lo aniquila.

Tratar de hacer desaparecer las enfermedades del cuerpo social, dejándolo vivir en malas condiciones, es como pretender trasegar el mar con una cesta.

El médico tiene una misión muy hermosa y muy grande que cumplir; no es sola el curar los enfermos, hay que combatir las enfermedades, hay que mejorar las condiciones en que vive el organismo social, hay que extirpar las enfermedades por completo, pero para ello es preciso invertir el problema, que hoy resulta planteado de una manera tan absurda, que es una candidez incomprensible, si no lo explicara la fuerza de la tradición.

Ya es hora de que la Real Academia de Medicina deje sus discusiones arcaicas, y que la sociedad de higiene dé señales de vida; el tiempo urge. No se nos diga que el momento no es propicio, pues creemos al contrario que para completar la obra de defensa, que lleva á cabo el ejército de mar y tierra, las otras fuerzas vivas de la nación deben comenzar la reorganización interior sin perder un instante.

Hay, pues, que mejorar las condiciones de vida del obrero, hay que robustecerlo, hay que ilustrarlo, pues esa es la primera condición para la prosperidad de la industria nacional.

ELLEIDE.

Varas de percal

—El extraordinario de... con la victoria de...—gritan los vendedores.

Inmediatamente sale á la calle la chiquellería ondeando varas de percal amarillo y rojo, gritan, vocean. Es una manifestación.

No figuran en ella las viudas, los huérfanos, los héroes, los arruinados por la guerra.

El percal nos cuesta muy caro en estos tiempos.

LA GOLFERÍA INTELECTUAL

Todo el que va á alguna parte, ha tropezado más de una vez en el mundo con la golfería intelectual, que no han estudiado, y es lástima, Roure ni Salillas; turba de indocumentados que persigue á cuchufleta limpia cuantas ideas nuevas ó iniciativas sanas se aventuran á hacer su camino, y las ridiculiza sin comprenderlas ó pone irrespetuosamente en ellas sus manos pecadoras. Son gentes que viven de las migajas de las Universidades, como sus congéneres de las sobras de los Cuarteles. Grandes rebuscadores de desperdicios de la vida intelectual, no hay colilla de idea que no apuren, ni sistema caduco ó doctrina desechada, adefesio científico, que no aprovechen para cubrir su desnudez. Incapaces de toda labor seria, viven en continua holganza, arrojándose unos á otros las peladillas del arroyo. ¡Infeliz el transeunte! ¿Quién que haya tratado de hacer algo, no lleva en el alma la huella de las ideas rodadas, de las vulgaridades sin cuento, del ripio y cascote con que le ha apedreado la golfería intelectual?

Y es lo sensible que, como nadie es objeto de una agresión sin entrar en deseos de contestarla, hombres de buena voluntad que se habían propuesto algo en la vida y se esforzaban por conseguirlo, si se sienten mortificados, caen en la tentación de reducir al silencio á la bullanguera golfería, con grave riesgo de perderse. Hay que hacer oídos de mercader á sus palabras; quien se empeñe con los *golfos* en discusiones bizantinas, llegará tarde á todas partes, si al fin llega á parte alguna. Como las vírgenes imprudentes de la parábola, consumirá inútilmente el aceite de su lámpara y perderá, además, la ocasión de renovarlo.

No se me oculta la causa de algunas debilidades. El que aporta algo nuevo á la vida intelectual, poco conocedor de las gentes, suele tomar la gritería de los golfos por una manifestación del espíritu público, y se apercibe á fecundar la conciencia social con las ideas que pretende poner en circulación. Es un error análogo al del político que tomase por expresión de la voluntad de un pueblo, el motín fraguado por cuatro desarrapados sin ideales, que no saben lo que se hacen. Hay que distinguir, y, sobre todo, hay que advertir á los que incurren en ese error, que abandonen la contienda y sigan su camino. Leyendo hace días en el *Madrid Cómico* un artículo en que mi amigo Benavente la tomaba con cuantos hablan á tontas y á locas del modernismo, yo sentía ganas de gritarle: «No hay más que una manera de modernizar y es, asimilarse el espíritu moderno. Haga cada cual su obra y lo que valga prevalecerá.»

No creo en la utilidad de las discusiones; en ésto me parece que han visto muy claro los *trimardiers*. Ninguna idea ha muerto de heridas recibidas en discusión, todas mueren de viejas ó de accidentes fortuitos, tropezando y estrellándose, cuando menos lo esperaban, en la inclemente realidad. Las ideas se desarrollan si encuentran condiciones favorables en el medio; perecen si no las hallan; y, en caso de prevalecer, alcanzan la longevidad media que corresponde á la especie á que pertenecen. Unas viven horas, como la mariposa; otras siglos, como el elefante. La persuasión es arma de poco filo para que pueda llegar al corazón de las ideas, aun esgrimida vigorosamente. ¿Qué mucho? ¡Si ni siquiera para abrir ostras, tarea de bastante menos empeño, ha servido la persuasión!...

Pero si no conduce á nada discutir con nadie, hacer frente á la golfería intelectual es el colmo de la candidez. Se debe dejar que griten y no volver la cara, digan lo que digan y así arrojen al aire cuantas frases hechas y metáforas cursis hayan recogido en todo un día de revolver con los ganchos en los montones de escombros que la última doctrina derrumbada dejara en el arroyo. Es preciso tener fe en el buen sentido de los hombres de buena voluntad, hablar y escribir para ellos, y pensar para ellos también. No hay honor en medir las fuerzas con gente descalificada, y hay peligro, en cambio, de devenir golfo como ellos; todo es empezar.

Mi amigo Villegas me hablaba días pasados de la necesidad de agitar ideas, cualesquiera que fuesen, para animar este medio intelectual cuya raquítica flora entristece el ánimo de quien contempla el paisaje. Villegas tiene razón. Algunas veces las gentes que piensan intensamente y en público, deben creer que caminan por un desierto; un desierto en el cual de cuando en cuando encuentra uno... un camello... y paren ustedes de contar. Esa soledad no es, sin embargo, la del sepulcro, sino la del claustro. Es que la golfería en libertad ha obligado á los verdaderos intelectuales á recogerse en sus casas. Realmente la vida intelectual necesita para normalizarse un reglamento de policía urbana que señale horas determinadas á los golfos, y aun sitios á propósito; claro es que en las afueras de la ciudad de Minerva, para que se entreguen á sus fechorías. Mientras se les consienta parapetarse en Academias y Ateneos, y hasta en las columnas de los periódicos, darán mucho que sentir.

Cuantos sienten el noble afán de *hacer obra* en su vida, deben evitar cuidadosamente perder el tiempo con la golfería intelectual. No les importe que caiga sobre ellos á vulgaridad limpia ó á silogismo limpio;—los *golfos* más distinguidos no disparan ya la cuchufleta, esgrimen el silogismo que, sin embargo es, según Ribot, la manera de discurrir de los perros.—No les seduzca que hagan valer *su nombre;* algunos tienen un nombre, es cierto, pero es entre ellos; se llaman *el Posturas* ó *el Fracasado*, *el Vulgaridades* ó *el Insustancial;* de muchos modos distintos; tienen apodos más bien que nombres, desconocidos todos igualmente en la buena sociedad intelectual. No les subleve que al verlos retirarse se atribuyan ellos la victoria; son como los *capitalistas* que en las novilladas persiguen á la res armando gran algazara, cuando ella les vuelve el rabo, aburrida de no encontrar en la turba ningún émulo de Lagartijo con quien poder entenderse.

Hay que *hacer obra*, hay que agitar ideas, como decía Villegas, para fecundar el medio intelectual, sean las que quieran, la conciencia social las recogerá en su seno de fecundidad inagotable y cada una tendrá la suerte que merezca. Siga cada cual su camino, y para los desmanes de la golfería no tenga más palabras que aquellas de Salomón: «Dejad las simplezas y vivid, y andad por el camino de la inteligencia.»

José **VERDES MONTENEGRO**.

Á UN POETA

¿Por qué tu corazón de angustia late
cuando en tu daño la calumnia estalla?
¿Por qué tu lira, temblorosa, calla
cuando el odio en las sombras te combate?
En tu peto de bronce, honrado vate,
se embotan el puñal y la metralla;
acepta de la envidia la batalla
y á tus contrarios pérfidos abate.
¡Qué importa que la lucha enfurecida
con sangre imprima sus terribles huellas
en tu severa frente esclarecida!
¡Tu musa coronada de centellas
te ha de envolver, curándote la herida,
con su manto magnífico de estrellas!

Manuel **REINA**.

¡HOMBRE AL AGUA!

(CUENTO)

Al cerrar la noche, salió de Torrevieja el laúd *San Rafael*, con cargamento de sal para Gibraltar.

La cala iba atestada, y sobre cubierta amontonábanse los sacos formando una montaña en torno del palo mayor. Para pasar de proa á popa los tripulantes iban por las bordas sosteniéndose con peligroso equilibrio.

La noche era buena; noche de verano con estrellas á granel y un vientecillo fresco algo irregular que tan pronto hinchaba la gran vela latina hasta hacer gemir el mástil, como cesaba de soplar cayendo desmayada la inmensa lona con ruidoso aleteo.

Le tripulación, cinco hombres y un muchacho, cenó después de la maniobra de salida, y una vez rebañado el humeante caldero en el que hundían su mendrugo con marinera fraternidad desde el patrón al grumete, desaparecieron por la escotilla todos los libres de servicio, para reposar sobre la dura colchoneta los vientres hinchados de vino y zumo de sandía.

Quedó en el timón el *tío Chispas*, un tiburón desdentado que acogió con gruñios de impaciencia las últimas indicaciones del patrón, y junto á él, su protegido Juanillo, un novato que hacía en el *San Rafael* su primer viaje, y le estaba muy agradecido al viejo, pues gracias á él había entrado en la tripulación matando así su hambre que no era poca.

El mísero laúd antojábasele al muchacho un navío almirante, un buque encantado, navegando por el mar de la abundancia. La cena de aquella noche, era la primera cena seria que había hecho en su vida.

Había llegado á los 19 años, hambriento y casi desnudo como un salvaje, durmiendo en la torcida barraca donde gemía y rezaba su abuela inmóvil por el reuma: de día ayudaba á botar la barcas, descargaba cestas de pescado, iba de parásito en las lanchas que perseguían al atún y la sardina, para llevar á casa un puñado de pesca menuda. Pero ahora, gracias al *tío Chispas* que le tenía ley por haber conocido á su padre, era todo un marinero, estaba en camino de ser algo, podía con todo derecho meter su brazo en el caldero, y hasta llevaba zapatos, los primeros de su vida, unas soberbias piezas capaces de navegar como una fragata, que le sumían en éxtasis de adoración. ¡Y aún dicen que si el mar!... Vamos hombre. El mejor oficio del mundo.

El *tío Chispas*, sin apartar la vista de la proa ni las manos del timón, agachándose para sondear la oscuridad por entre la vela y el montón de sacos, le escuchaba con sonrisa marrullera.

—Sí; no has escogido mal oficio. Pero tiene quiebras. Las verás... cuando tengas mis años... Pero tu sitio no es aquí: anda á proa y avisa si ves por delante alguna barca.

Juanillo corrió por la borda con la segura tranquilidad de un pillo de playa.

—Cuidado, muchacho, cuidado.

Pero él ya estaba en la proa, y se sentó junto al botalón escudriñando la negra superficie del mar, en cuyo fondo se reflejaban como serpeantes hilos de luz las inquietas estrellas.

El laúd, panzudo y pesado caía tras cada ola con un solemne *¡chap!* que hacía resaltar las gotas hasta la cara de Juanillo; dos hojas de espuma fosforescente resbalaban por ambos lados de la gruesa proa, y la hinchada vela con el vértice perdido en la oscuridad parecía arañar la bóveda del cielo.

¿Qué rey ni qué almirante estaba mejor que el serviola del *San Rafael*... *¡Brrrú!* Su estómago repleto le saludaba con eructos de satisfacción. ¡Vida más hermosa...!

—*¡Tío Chispas!*... Un cigarro.

—Ven por el.

Juanillo corrió por la borda, del lado contrario al viento. Era un momento de calma y la vela rizábase con fuertes palpitaciones, próxima á caer desmayada á lo largo del mástil. Pero vino una ráfaga, la barca se inclinó con rápido movimiento; Juanillo para guardar el equilibrio agarróse al borde de la vela y en el mismo instante ésta se hinchó como si fuera á estallar lanzando al laúd en una carrera veloz y empujando con fuerza tan irresistible todo el cuerpo del muchacho que lo disparó como una catapulta.

En el ruido de las aguas al tragarse á Juanillo, creyó oir éste un grito, palabras algo confusas; tal vez el viejo timonel que gritaba *¡hombre al agua!*

Bajó mucho ¡mucho! atolondrado por el golpe, por lo inesperado de la cadía, pero antes de darse cuenta exacta de ello vióse otra vez en la superficie del mar, brazeando, absorbiendo con furia el fresco viento... ¿Y la barca? No la vió ya. El mar estaba oscurísimo; más oscuro que visto desde la cubierta del laúd.

Creyó distinguir una mancha blanca, un fantasma que flotaba á lo lejos sobre las olas y nadó hacia él. Pero de pronto ya no lo vió allí, sino en lugar opuesto y cambió de dirección, desorientado, nadando con fuerza pero sin saber dónde iba.

Los zapatos pesaban como si fuesen de plomo: ¡malditos! ¡la primera vez que los usaba! la gorra le martirizaba las sienes; los pantalones tiraban de él como [illegible] hasta el fondo del mar y fuesen barriendo las algas.

—Calma, Juanillo, calma.

Y arrojó la gorra lamentando no poder hacer lo mismo con los zapatos.

Tenía confianza. El nadaba mucho: se sentía con *aguante* para dos horas. Los de la barca virarían para pescarle: un remojón y nada más... ¿Pues que, así como así, mueren los hombres? En un temporal, como habían muerto su padre y su abuelo, bueno; pero en noche tan hermosa y con buena mar, morir empujado por una vela, sería una muerte de tonto.

Y nadaba y nadaba siempre creyendo ver aquel fantasma indeciso que cambiaba de sitio; esperando que de la oscuridad surgiera el *San Rafael* viniendo en su busca.

—¡Ah de la barca! ¡Tío Chispas!... ¡Patrón!

Pero el gritar le fatigaba y dos ó tres veces las olas le taparon la boca. ¡Malditas!... Desde la barca parecían insignificantes, pero en medio del mar, hundido hasta el cuello, y obligado á un continuo manoteo para sostenerse, le asfixiaban, le golpeaban con su sorda ondulación, abrían ante él hondas y movibles zanjas cerrándolas en seguida como para tragarle.

Seguía creyendo, pero con cierta inquietud, en sus dos horas de aguante. Sí: contaba con ellas. Dos horas y más nadaba allá en su playa sin cansancio. Pero era en las horas del sol, en aquel mar de cristal azul, viendo allá abajo á través de fantástica transparencia las rocas amarillas con sus hierbajos puntiagudos como ramos de coral verde, las conchas de color rosa, las estrellas de nacar, las flores luminosas de pétalos carnosos estremeciéndose al ser rozadas por el vientre de plata de los peces; y ahora estaba en un mar de tinta, perdido en la obscuridad, agobiado por sus ropas, teniendo bajo sus pies ¡quién sabe cuantos barcos destrozados, cuántos cadáveres descarnados por los peces feroces! Y estremecíase al contacto de su mojado pantalón, creyendo sentir el rozamiento de agudos dientes.

Cansado, desfallecido, se echó de espaldas dejándose llevar por las olas. El sabor de la cena le subía á la boca. ¡Maldita comida y cuánto cuesta de ganar! Acabaría por morir allí tontamente... Pero el instinto de conservación le hizo incorporarse. Tal vez le buscaban y estando tendido pasarían cerca de él sin verle. Otra vez á nadar, con el ansia de la desesperación; incorporándose en la cresta de las olas para ver más lejos; yendo tan pronto á un lado como á otro, agitándose siempre en un mismo círculo.

Le abandonaban como si fuese un trapo caído de la barca. ¡Dios mío! ¿así se olvida á un hombre?... Pero no: tal vez le buscaban en aquel momento. Su barco corre mucho; por pronto que hubiesen subido á cubierta y enviado vela ya estarían á más de una milla.

Y acariciando esta ilusión se hundía dulcemente como si tirasen de sus pesados zapatos. Sintió en la boca la amargura salitrosa; cegaron sus ojos, las aguas se cerraron sobre su rapada cabeza; pero entre dos olas se formó un pequeño remolino, asomaron unas manos crispadas y volvió á salir.

Los brazos se *dormían;* la cabeza se inclinaba sobre el pecho como vencida por el sueño. A Juanillo le pareció cambiado el cielo: las estrellas eran rojas, como salpicaduras de sangre. Ya no le infundía miedo el mar; sentía el deseo de abandonarse sobre las aguas, de descansar.

Se acordaba de la abuela que á aquellas horas estaría pensando en él. Y quiso rezar como mil veces había oído á su pobre vieja. *Padre nuestro que estás*... Rezaba mentalmente, pero sin darse cuenta de ello su lengua se movió y dijo con una voz tan ronca, que le pareció de otro:—¡Cochinos! ¡ladrones! ¡me abandonan!

Se hundía otra vez; desapareció pugnando en vano por sostenerse. Alguien tiraba de sus zapatos... Buscó en la obscuridad, sorbiendo agua, inerte, sin fuerzas, pero aun sin saber cómo volvió otra vez á la superficie.

Ahora las estrellas eran negras, más negras que el cielo, destacándose como gotas de tinta.

Se acabó. Esta vez se iba al fondo de veras: su cuerpo era un plomo. Y bajó en línea recta, arrastrado por sus zapatos nuevos; y en su caída al abismo de los barcos rotos y los esqueletos devorados, el cerebro cada vez más envuelto en densas neblinas, iba repitiendo:—Padre nuestro... padre nuestro, ¡ladrones! ¡granujas! ¡me han abandonado!

V. BLASCO IBAÑEZ.

Algo huele á podrido

Durante veinticuatro años dos hombres han mandado y no han tenido más política que la de ir viviendo y la de meter en la legalidad á *cuanto carlista y republicano sin pudor solicitaban venderse ante el señuelo del acta ignominiosa, del galoneado coche de ministro, del puesto en el consejo de ferrocarriles, del feudo en la medioeval Filipinas ó del vergonzoso sillón del burócrata en la Habana.*

Así han podido verse obispos que excomulgan por cuestión de ochavos; generales que manejan mejor, contra el enemigo, el dinero que la espada; ricachos y accionistas del Banco, que dan al agio millones y á la Patria míseras pesetas; magistrados á merced del capricho de un ministro; catedráticos por la gracia de Dios; y, sobre todo... un pueblo que ve indiferente un Sedán tras otro Sedán, y que nada le importa de nada, mientras pueda mendigar *para una rosca y saciar su atávica afición por los placeres del circo.*

Salvador **V. DE CASTRO.**

(Granada, 15 de Junio.)

Tres frases

Felipe II recibiendo en el coro del monasterio de El Escorial la nueva de la derrota de la Armada Invencible mandada por un cortesano torpe é inhábil:

—«No envié á pelear mis naves contra los elementos.»

—

Un cortesano de Felipe IV al conocer la pérdida de Portugal para España, y hallándose jugando una partida de ajedrez:

—Bendiga Dios á la Providencia que permite vuelvan al fisco los bienes del Duque de Braganza, jefe de la sublevación...

Jaque al rey... Juguemos.

—

El Sr. Sagasta al recibir las noticias de nuestros desastres de Filipinas y hallándose jugando con la mayoría en el banco azul:

—Esta es la patria del general «*No importa*».

Nuevo horizonte

¿Por qué tanto desastre, tanta confusión, y tanta incertidumbre?

No hay efecto sin causa y nuestra situación tiene la suya: analicemos.

Las ideas tienen una evolución que es su progreso: esto constituye la historia de la filosofía.

Tuvieron allá en los tiempos más remotos los hombres que satisfacer la tendencia natural de su espíritu, de explicarse la vida y cuanto les rodeaba; no sabiendo observar ni interpretar, y sorprendidos de tantas cosas extraordinarias, tuvieron la idea cándida y sencilla de creer que todas las fuerzas naturales estaban en seres superiores, sus dioses, que residían fuera de la tierra, á la que gobernaban á su antojo.

En este primer período vemos al hombre colocar el origen de las actividades naturales fuera de la misma naturaleza.

Andando el tiempo, el hombre aprendió á observar y bien pronto vinieron revelaciones que habían de trastornar y sorprender su inteligencia. Copérnico publica su obra en que dice que la tierra se mueve; estas ideas valieron á Giordano Bruno el ser quemado vivo, y tal es la fuerza de las ideas y del progreso, que aquel hombre valeroso dijo al tribunal al oir la sentencia: MÁS MIEDO TENÉIS VOSOTROS DE LEERLA QUE YO DE OIRLA; Galileo, el venerable anciano, á pesar de sus achaques y sus años, tuvo que abjurar, de lo que era firme convicción de su conciencia. Keplero y luego Newton, hacen de la astronomía una ciencia matemática. Estos descubrimientos, y el de la circulación de la sangre, por Harvey, tuvieron un efecto decisivo en la filosofía; Descartes consagra la duda, cosa que en aquella época era pecado mortal; la filosofía cartesiana hace residir las fuerzas naturales en la materia misma, y subordinada á leyes invariables. Descartes llega á todas sus conclusiones por el solo uso de la razón, y la comprobación estaba en su conciencia; esto preparó el idealismo de Kant.

Resumiendo este segundo período, vemos que, á diferencia del primero, las fuerzas naturales ya no están en manos de los dioses, sino que residen en la misma Naturaleza. El error de esta época idealista y metafísica, es el ver á la Naturaleza al través del yo, es decir, el hombre interpretando según su conciencia: no obstante, esto representaba un enorme progreso, indispensable para el advenimiento del tercer período.

Este, el positivo, que según sabemos, es la interpretación de los fenómenos naturales, según sus leyes, y comprobadas no según el yó, sino con la experimentación; de esta manera los conocimientos que adquirimos los rectifica la misma Naturaleza, y por eso decimos que esas leyes son positivas.

Todos los conocimientos humanos no se hacen verdaderamente científicos, hasta el día que adoptan el método positivo: la primera en ese camino es la astronomía, siguen la física y la química, y luego, bien pronto, la biología, es decir, la ciencia de los seres vivos que se hace ciencia experimental: faltaba un orden de conocimiento, los políticos ó sociales que entrarán, por fin, en el terreno científico. El primero que lo hace es Hume, diciendo que la política es una ciencia tan exacta *como la que guía la mano del cirujano, ó los cálculos del ingeniero.* Le siguen Mill, Compte, y por ultimo su más ilustre representante, Herbert Spencer. La sociología hace ya más de un siglo que se considera regida por leyes tan precisas é inmutables, como todos los demás fenómenos naturales.

Ahora bien, el mal está que en España estamos todavía en el segundo período, metafísico é idealista, dentro del cual no hay más que vaguedad, incertidumbre y empirismo. Este es el verdadero origen de todos nuestros males, nos hemos empeñado en ver las cosas según nuestra propia conciencia, sin saber que hay leyes naturales que es imposible desconocer, sin exponerse á los graves de que hoy somos víctimss.

***

Dice Spencer que en el curso del tiempo, el afán de adornarse y de emperifollarse ha precedido al hábito de vertirse. Los salvajes que soportan grandes dolores para hacerse vistosos tatuajes, se resiguan á sufrir temperaturas excesivas, sin hacer ningún esfuerzo para evitarlo; el indio que no se preocupa para nada de su bienestar, marchará durante quince días por los bosques, para procurarse substancias colorantes, gracias á las cuales piensa hacerse admirar. Los viajeros han visto siempre, que en estos mismos pueblos son preferidos los objetos de vidrio, abalorios y los trapos de colorines á las telas con las cuales podrían vestirse y abrigarse. El traje, pues, se deriva del adorno. Es tanto más cierto este origen, dice el mismo autor, que aun hoy existe mucha gente que se preocupa más del lujo que del *comfort*, de la elegancia que de la comodidad, del aspecto de los vestidos, que de los servicios que le presta.

Todo esto es ya muy significativo; pero lo es mucho más lo que sigue:

Dice Spencer que es curioso de comprobar que en el orden intelectual, existe la misma correlación. Para la inteligencia, como para el cuerpo, lo útil cede siempre el paso á lo decorativo. Hoy, como en otros tiempos, la ciencia aplicada al mejoramiento de la sociedad está relegada á un segundo término. En las escuelas griegas se aprendía principalmente la música, la poesía y la retórica; la filosofía, hasta el tiempo de Sócrates, poca influencia tuvo. La ciencia aplicada á la industria era insignificante. La misma antítesis existe hoy en nuestras Universidades y escuelas. Este sistema recuerda perfectamente el tatuaje y su fin decorativo; los hombres se educan del mismo modo que se visten.

Esto que dice Herbert Spencer tiene su razón de ser an la subordinación orgánica que existe en el desarrollo de la inteligencia. Esta hermosa facultad tiene un origen muy humilde: la sensibilidad, que es el primer esbozo de la inteligencia, en los animales más inferioses reside en la piel, pues que en éstos no existe ni vestigios de sistema nervioso, y su tegumento les sirve para recibir todas las impresiones de calor, luz, humedad, etc.; este tegumento se va perfeccionando, y lo hace por medio de la división del trabajo; habrá elementos que se harán cada vez más sensibles, á la luz unos, al sonido otros, y de este tegumento ó cubierta informe, van á surgir poco á poco los sentidos; en el sitio de esos elementos que se van ennobleciendo, digámoslo así, se forman pequeñas depresiones, á manera de vesículas, y estos son los que, andando el tiempo, se convierten, gracias á la misma división del trabajo, en esos órganos tan complejos y maravillosos que nos permiten ver y oir. Del mismo modo que hemos visto á los sentidos supeditados al desarrollo de la piel, de igual manera el cerebro lo está al de los sentidos; el gran desarrollo del cerebro se debe, según la hermosa hipótesis de Cajal, al mayor dinamismo que representan los sentidos del olfato, oído y vista; y en efecto, es tal la cantidad de impresiones que transmiten estos sentidos á la extremidad cefálica del eje nervioso, que éste se ve obligado á ampliarse y multiplicarse para poder registrar todas las impresiones que recibe.

Los hombres constituyen sociedades que se desarrollan obedeciendo á la misma ley con que la Naturaleza desarrolla los organismos individuales.

Los pueblos más primitivos, los que sólo viven de la caza y de la pesca, recuerdan perfectamente á los seres más inferiores. En estos pueblos, todos los hombres son iguales, no hay gerarquías ni diferencias; pero algún día sucederió que entre ellos hubo uno que cuyo sentido de la audición fué mejor que el de los otros, y percibió, no solamente con más precisión los ruídos de la selva ó del mar, sino que les notó algún ritmo, y este fué entonces el origen de la música, que empieza del mismo modo que en la serie animal el sentido del oído. En otro individuo de la misma tribu, sucede tener un órgano de la visión, cuyas imágenes tuvieron en sus centros visuales mayor fuerza que en los demás, y esta mayor tensión repercutió en los centros cerebrales en que están localizados los movimientos de la mano, y aquel individuo, cediendo á una necesidad de su conciencia, trazó la imagen del objeto: en el organismo social nace la pintura y se desarrolla del mismo modo que en la serie animal nace el sentido de la vista.

Con esto queremos demostrar que la Naturaleza tiene una unidad de plan á cuyo engranaje invencible se haya todo sometido; lo que se aparta él, periclita y muere.

La sociedad tiene sus sentidos que, como en el hombre, tienen por objeto ponerle en comunicación con cuanto le rodea. Los sentidos, en el organismo social, son las escuelas, universidades, academias científicas, museos, teatros, la prensa, etc., y de la perfección y buen funcionamiento de éstos depende el del organismo á que pertenecen. Si un individuo cualquiera tiene sus sentidos deficientes, estará expuesto á mil contrariedades: si, por ejemplo, quisiera dar un salto y sus ojos no le revelasen con precisión el concepto de la distancia, de seguro se expone á una caída: el sordo está expuesto á mil contratiempos por falta de información de su oído: en una reunión de individuos tendra más facilidades para la lucha por la vida, aquel que tenga mejor desarrollado sus sentidos, porque esto aumenta considerablemente sus recursos.

A la sociedad le sucede lo mismo; cuando las escuelas, universidades, academias y la prensa, informan mal, están expuestas, lo mismo que el ciego y el sordo, á sufrir mil contrariedades.

© Biblioteca Nacional de España

tribunales los han juzgado? ¿Cuál de ellos ha sido llevado á la barra? Todos son irresponsables de hecho; todos disfrutan ó disfrutaron de sus cesantías; y muchos, á pesar de su historia secreta, pasaron dos ó más veces por el Ministerio. No hay, pues, que pensar en la responsabilidad de los ministros.

Tenemos en España una legión de generales; sin duda son en su casi totalidad bizarros, inteligentes, heroicos; pero una ley de proporción social, tan infalible como la de las proporciones matemáticas, me hace presumir que si entre doce apóstoles escogidos por el hijo de Dios mismo hubo uno malo, no es absurdo considerar como posible que entre varias docenas de generales no haya alguno que merezca haber sufrido los rigores de la ordenanza. No ha sucedido así, y esto me hace pensar que de toda responsabilidad están exentos también los generales.

Funciona en Madrid un Ayuntamiento del cual se han dicho verdaderos horrores. Hasta suscripciones públicas abrieron algunos periódicos á fin de reunir fondos con que atender á los gastos de procesamiento de los concejales. ¿Cuál de éstos ha sido castigado?... Tampoco á los individuos del Ayuntamiento alcanza la cacareada responsabilidad.

Prohibe el Código penal el juego, y solamente en Madrid existen, según se ha afirmado poco há en el Congreso, más de 50 garitos. ¿A qué autoridad se han exigido responsabilidades por su tolerancia ó su torpeza?... Nuestras autoridades son también irresponsables.

A determinados hombres públicos se les acusa de prevaricadores, de concusionarios ó de algo peor. ¿Qué suplicatorio ha prosperado contra ellos en las Cortes?... El *templo de las leyes*, como los templos católicos de otro tiempo, disfruta hoy el derecho de asilo.

Siendo esto así, ¿qué mucho que la irresponsabilidad se extienda como mancha de aceite y que haya jurados que absuelvan á asesinos convictos y confesos, atropellos sin sanción, estafas sin pena, infracciones de las leyes sin castigo?

***

Existe, á pesar de lo dicho, un grave peligro para los irresponsables. Consiste este peligro en que cuando la ley es inútil, surge la violencia, ó lo que es lo mismo, cuando los poderes públicos no hacen justicia, los hombres que no pueden vivir sin ella, se la toman por su mano. Y lo más terrible de estas justicias ilegales es que cuando llegan esos días en los cuales los pueblos exigen las responsabilidades olvidadas, pagan, sin distinción, justos y pecadores, inocentes y culpables.

Irresponsables fueron en Francia Luís XV y sus ministros. Sin castigo ni sanción quedaron los vicios, miserias y bajezas de aquella corte degradada; pero llegó el día de las responsabilidades y vino á pagar las de todos, aquel rey infortunado que, como el monarca de Castilla D. Juan II, más bien había nacido para fraile del Abrojo que para ceñir á sus sienes una corona.

Podrá decirse, y sin duda así lo piensan los irresponsables: «de España ha desaparecido toda su antigua energía; aquí todo es lícito, todo puede intentarse; aquí no hay responsabilidad, puesto que ni arriba ni abajo hay quien la exija.»

[illegible] Cierto que España yace fatigada y anémica con la cabeza apoyada en el Pirineo, los pies bañados por las aguas del Estrecho, en la perezosa postura de las mujeres de los serrallos orientales. Sueña quizás con su gloria de otros días; sus ojos fijos en lo pasado, no ven lo presente. Pero no hay que fiarse. La tranquilidad de los pueblos, suele ser como la calma de los mares, precursora de tremendas borrascas. Cuando estas estallan, sobre las leyes incumplidas é inútiles álzase la justicia popular, y esa sí que sabe hacer efectivas las responsabilidades.

ZEDA.

¡SIETE DUROS POR CABEZA!

El Estado percibe anualmente de los habitantes de Madrid:

	Pesetas.
Por contribución urbana.	9.096.000
Por industria y comercio.	8.647.793
Por las cédulas personales. . . .	720.778
Por carruajes de lujo.	165.435
Por consumos.	8.720.190
Por los sellos de Correos y Telégrafos.	3.606.247
Renta de tabacos.	13.984.599
Por los que pagan soldados para no ir á la guerra.	783.000

Corresponden á cada madrileño *sin que se entere*, 35 pesetas.

LA TOGA

Para muchos niños hay en muchas capitales, Madrid entre ellas, una escuela más pública que las escuelas públicas: la calle.

Su rector es la miseria, sus aulas el descuido y la ocasión, sus bedeles los guardias. Está abierta siempre.

A media noche, cuando cruzáis las anchas calles desiertas, un poco encantados de oir vuestro taconeo en la acera y de tener para vosotros nada más las luces brillando, como las que en avenidas de imperial palacio aguardan la retirada del señor, una cosa se os pone delante y se os enreda entre las piernas. Es un periódico extendido, que anda solo, detras del cual se divisa luego los pies, la cabeza y las manos del que lo sostiene, como en las clásicas viñetas anunciadoras.

—¡Señolito, el *Helaldo!*—dice un chicuelo tan alto como el periódico.

Ha surgido de un portal, del biombo de Fornos, donde del frío se amparaba, tendido sobre un montón de niños, que pisan los trasnochadores. Un brazo que se retira ó una pata que se encoge: esto es todo. «Los golfos», piensa el que sale; y por los miembros entrelazados allí, es tan incapaz de calcular el número de muchachos como de averiguar por las roscas movibles y viscosas el de un pelotón de lombrices.

Yo me he fijado alguna vez en los chiquillos del *Helaldo*. Los hay rubios, con caras bonitas y tan dulces como todos los niños de tres años. Sus bocas sonríen con ingenuidad confiada y sus ojos son vivos é inteligentes. Piden una *pelilla* ó brindan su mercancía alargando la manita encogida á no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso á sus padres, si los conocieran. He buscado con insistencia entre ellos al *criminal nato*, de Lombroso, para conocerlo así, pequeñito. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda... como todos los niños, en fin.

«¡Los golfos!» es cuanto dice al verlos el hombre grave, lo mismo que dice bajo los árboles del Retiro: «¡Los mosquitos!» El que más, recuerda en ellos á Gavroche; los halla chistosos y simpáticos, y se figura que van á ser eternamente gorriones de la gran ciudad, para dormir en los huecos de las estatuas y saltar de día al frente de los batallones. Está bien, pues; que no hagan nada; ya servirán de efecto armónico á los poetas, como las golondrinas y las hierbas de las tapias. El orden social, que por dos pesetas se encarga un guardia de representar, mira á los golfos y les da una patada de cuando en cuando.

Ah, pero se es injusto en tratarlos así, de haraganes. Distan de serlo. Esos pobres niños del *Helaldo* y *La Colespondencia*, muestran la curiosidad y la voluntad de aprender que todos los de su edad, cuando se empieza á desplegar el alma. La tienen blanca, de ángel; y con ella han empezado su carrera y se aplican en su *primera enseñanza*.

¡Y que no les enseñan los puntapiés de orden público! A los seis años ya saben correr y quitar pañuelos, mirando con un ojo al bolsillo y con el otro al guardia. Es el ingreso de bachillerato. Mientras lo cursan, los agentes siguen observándolos con atención, llevándolos tal cual vez á recoger diplomas en la prevención del distrito, y repartiéndoles trompadas y pescozones. Aunque con filosofía: «aún no estorban», dice la sociedad. Y como no estorban, hasta los 15 ó 20 años, filiados ya en los gubernamentales registros, se pasan la vida, á fuer de *estudiantes* alegres, corriendo de los guardias en la calle y convidándolos á Cariñena en las tabernas.

Facultad mayor. Se indica por el ingreso del educando en la cárcel, á consecuencia de un robo ó de un navajazo en quimera. Cosa leve, y grandes adelantos. El que no es completamente imbécil, saca la *licenciatura* en tres años; y como ya está hecho lo más, hé aquí que viene un día el saqueo del palacio de un marqués, en cuadrilla, con asesinato del dueño...

La sociedad se conmueve.

Ese hombre—dice frunciendo el ceño ante el asesino,—estorba ya. Venguémonos; ha terminado su carrera.

Y efectivamente, entra poco después en el calabozo; le pesan y le miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenía la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba el *Helaldo;* ni recuerdan que la ferocidad de su sonrisa con dientes de caballo, había sido primero «en boca de niño sonrisa de amor.»

—¡Criminal nato! gritan los antropólogos. Porque eso sí, la ciencia es rotunda.

Ha terminado su carrera. Se le viste la hopa y el birrete de los ajusticiados. [illegible]

Cuando menos eso me pareció á mí una tarde muy triste, en que yo pude contemplar á un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto á un palo, agarrotado por el pescuezo y con la lengua fuera.

Tenía yo también recién ganada mi toga, y no sé qué extraños giros de pensamiento hiciéronme ver un poco de vergüenza en mi traje talar y un poco de grandeza entre los pliegues de aquella túnica que envolvía á aquel muerto con la cabeza tronchada y el gesto de apocalíptico reproche...

¡Quizá emprendimos la *carrera* al mismo tiempo! Yo en el regazo de mi madre. El en el desprecio de la humanidad.

Y me estremecí al pensar que, si hubiese sido lo contrario, yo sería entonces el ahorcado, y el ahorcado el doctor.

FELIPE **TRIGO.**

MIL MILLONES

Habla el Duque de Tamames

Todo el mundo sabe la estrecha amistad que con él me une, y la fusión de afectos que ha existido siempre entre nosotros.

Véase lo que me dice en carta recibida hace días. La idea que lanza es muy práctica, y á mi modo de ver fácil de realizar, obteniendo así *mil millones.*

«Mi querido amigo: Adjunta la copia de mi carta de 8 de Abril al obispo de Sión, cuando todavía eran problemáticas las desgracias que hoy nos aquejan. Por ella verá usted lo injusto de su criterio en su artículo de 1.° de Mayo.

»Ya ve usted cómo hay duques y grandes de España á quienes preocupan los males de la patria y tratan de remediarlos (1).

»También verá usted hasta qué punto coincidimos, con una sola diferencia, y es que usted trata de corregir el mal cuando ya ha ocurrido, y yo trataba de prevenirlo antes que ocurriera.

»Nombrado presidente de la Junta recaudadora de lo obtenido en la función del teatro Real, expliqué mi criterio, como consta en la carta al obispo. Más tarde fuí nombrado para formar parte de otra Junta que desapareció al crearse la actual, compuesta de personas que representan colectividades. En ésta ya, yo no tenía lugar. Representa á la Grandeza el marqués de Alcañices, decano. Lo que hayan podido hacer, no lo sé; pero siempre he tenido el criterio de que los grandes donativos de *algunos* venían á aminorar los clientes en vez de estimularlos. Muchos pocos logran un mucho; pocos muchos son siempre pocos.

»Además de esto, quiero establecer una grandísima diferencia entre aquellos que manejan grandes caudales, obtenidos quizás en jugadas de Bolsa que acaso hayan redundado en perjuicio de la patria (2), y aquellos que, poseyendo algunos terrones, se ven precisados á realizarlos, sin lograr nunca aparecer tan patriotas como los primeros, siempre y cuando el patriotismo se mida por la magnitud de la cantidad ofrecida y no por la del sacrificio que cuesta.

»Otras consideraciones se me ocurren que quiero por ahora omitir, pues esta carta tiene sólo por objeto, dada nuestra estrecha amistad, mi vivísimo deseo de no verme incluído en su crítica y mantener íntegros la estimación y el cariño que siempre me ha demostrado. Yo soy de los que creen que los verdaderos afectos no tienen más base sólida que la estimación, y, francamente, no quiero perder la suya.

»Ya sabe que es sinceramente su amigo

»TAMAMES.»

Líbreme Dios de que nadie crea que yo he dudado jamás del patriotismo ni de la largueza de este entrañable amigo que es un noble liberalísimo. Y esta vez aumenta el gran cariño que le tengo al leer su carta al obispo, que es una verdadera inspiración.

Otro día la publicaré entera, porque hoy hace falta espacio para cosas perentorias. Pero hé aquí la idea, que es magnífica y realizable en seguida:

«España—le dice el duque al obispo—cuenta aproximadamente con 18 millones de habitantes. ¿No cree usted conmigo que un millón de éstos puede hacer el sacrificio á su patria de 1.000 pesetas por persona, obtenidas á prorrateo en proporción á su capital?»

La idea es genial y podía producir en breve MIL MILLONES. Y con los veinte y pico de millones que lleva recaudados la Junta de suscripción, no hay para empezar. Hay, sin duda alguna, un millón de propietarios, banqueros, rentistas, etc., que pueden dar 1.000 pesetas cada uno, sin gran sacrificio.

E. B.

(1) Yo no digo que no les preocupen; lo que digo, mi querido amigo, es que *todos deben contribuir* á aumentar los recursos que el país necesita.

(2) Muy bien dicho; y éstos deben dar más que nadie. ¡El pueblo los conoce y los detesta!

A los poetas

G. D'ANNUNZIO.

Sobre el sonoro yunque, rendidos vuestros brazos
forjáis inútilmente el verso escultural.
Misérrimos artífices: ¿A qué esos martillazos
si apenas débil chispa de luz lanza el metal?

El cáliz primoroso, vuestro buril en vano
labrar quiere inseguro; el vino del amor
destella en frágil taza, mas pierde el soberano
aroma que el sentido incita embriagador.

Necios, á gritos dicen, fatigas y tropiezos:
perdida vuestra fuerza, tan sólo os resta ya
morir obscuramente del ocio en los bostezos
en que á perderse tóda vuestra existencia irá.

¡Mas no! Del sol enfrente, sobre la guerra humana,
auspicio poderoso que marca el porvenir
surge á vuestro saludo ¡oh triste caravana
que va por los *desiertos poblados* á morir!

J. **JURADO DE LA PARRA.**

Cosas de Legazpi

(Carta al Sr. Sagasta.)

«En Dios y en mi [illegible], Sr. Adelantado mayor de los Reinos de Castilla, Andalucía, León, Aragón, Cataluña y Valencia, y juro por conquista de heredad y descendencia de nobles, que no me dirigiera á vos, si vos no hubieseis tanto renegado de mí y mantenídoos en apartamiento vergonzoso y hosco de mi persona.

Soy yo, Sr. Adelantado mayor, aquel Miguel López de Legazpi que regaló á Castilla más reinos que aspirantes tenéis vos á regentarlos; soy aquel que con sólo cuatrocientos hombres y ningún administrador ó empleado (pues mi administración y regencia llevábala yo en la punta de mi espada y mi honradez en el mismo hondo de mi corazón) llegué un día á la isla de los Barbados, así llamada porque sus naturales tenían poca barba; ved, pues, Sr. Adelantado, como cuando rasquéis ó apuréis la vuestra en prueba de los azares y amargos trances por que pasáis, debéis acordaros de aquellas islas y de mí.

Fuí yo también quien dió con las islas Marianas, entonces llamadas de los Ladrones, en razón de haberlos allí y muy codiciosos, como, según creo debe haberlos hoy, y muy á contrapelo de sus habitantes en otras islas de Ultramar al cetro glorioso de vuestra soberana dichosa unidas.

Alcancé yo también, y á mi Dios reverentemente doy gracias por ello, islas todas, flor y oro, riqueza y bienandanza como las de Cebú, Panay, Luzón y otras de tan intenso brillo y de tan claro resplandor.

Si en los bajíos del mar se estrellaron por impericia mis naves, en los agudos y pérfidos de la política que gobernaba mi reino nunca vi peligro, y pude sortearlos fácilmente. No entregué yo á los reinos de España vendida cadena de esclavos que hipócritamente la bendijeran y maldijeran á un tiempo; antes ofrecí á mi Rey regenerados hombres, sedientos de justicia y de humanidad que exaltasen. No llevé conmigo poso vil que de vergüenza manchase aquel claro sol de Ultramar, ni con el desaseo de mis naves vinieron pudriéndola y deshonrándola hombres ambiciosos que á la rapiña y al robo dieran forma de guerra ó de ley é hincaran su venenoso diente, para gangrenarlas, á regiones felices limpias de todo mal y como dormidas por espacio de siglos en el regazo cariñoso de maternal naturaleza.

Pues que mi Rey es sol, sol que alumbrara con la prestada de mi Monarca los ámbitos de todo su reino quise ser yo, Sr. Adelantado. A un tiempo mismo ejercí clemencia y dureza, justicia y rigor, dulzura y fiereza; y si espada tuve en mi mano con qué herir, paños y bálsamos tuve con qué curar. De este modo, señor, aquellos mil hombres en estado salvaje y de desafuero desparramados por las islas, pronto se cubrieron de aquellas galanas vestiduras del alma que son el agradecimiento, la ternura, el celo, la compasión y la justicia.

Una vez puesto el pie en la isla llamé al reyezuelo é hice ceremonia de hermandad pidiéndole se hincase la espada en un brazo y brotara sangre de él. Hice lo mismo yo, y unidas y cuajadas las dos sangres uniéronse, señor, las dos razas, y se prestaron vida, fuerza y ayuda.

Muchos y muy tranquilos años pasaron, señor, y en ellos ví malograda mi obra y la de mis felices capitanes en Ultramar.

Porque si yo llevé allí la suave dulzura, llevásteis vosotros el desaforado, intermitente é inoportuno rigor; si yo impusé el castigo, vosotros la blanda y desmayada injusticia; si poblé aquellos reinos de hombres expertos, vosotros llevásteis á ellos cuantos eran estorbo en los vuestros, polilla y carcoma; si la honradez fué mi conquista mayor y la sana moral mi más afilado espadón, vosotros no os recatáis de profanarla y pisotearla, disparando contra vuestras islas vuestros hombres más depravados y de tacha más negra; si mi Rey quiso escoger de entre sus capitanes los más bravos y expertos, vosotros ponéis unas veces al frente de esas islas de bendición medianas gentes, ó convertís tales puestos en manzana de discordia, enviando los capitanes de nombradía á montones y sacrificándolos allí cuando sus campañas son apenas florecida flor y sus trabajos ensayo. Les quitáis autoridad ó se la dáis desatada. Y por si ello no bastara, cuando un capitan parece salir de esas islas avergonzado, y confuso y cabizbajo parece tomar el camino del inexorable Consejo guerrero, á poco levantáis á ese propio hombre y le ceñís laureles de victoria.

Salve Dios, Sr. Adelantado, mis Reinos de Ultramar, y ponga fortuna en ellos.

Sálve... se el que pueda.»

MIGUEL LÓPEZ DE LEGAZPI.

Por la copia,
RODRIGO **SORIANO.**

A vuela-pluma

Un tiempo fué que en plácido *choteo*—cuando no tenía España sobre sus costillas más Aguinaldos que los que pacíficamente repartían D. Antonio ó D. Práxedes entre sus paniaguados y deudos, ni había más guerra que la que daba D. Manuel á las instituciones—un tiempo fué, repito, en que el titulillo de esta sección figuraba al frente de otra de las más salientes que tuvo el popular diario de la calle de la Almudena, hoy del Turco.

Tan saliente, que acabó por salirse del todo, y ya hace algunos años que no ha reaparecido en *El Liberal* tal sección, quedando por consiguiente, convertida en sección mostrenca.

Yo, que también tengo algo, y aun algos, de periodista mostrenco, me permito exhumar ese rótulo de *A vuela-pluma* en VIDA NUEVA, á riesgo de que D. Alberto Aguilera, viéndome «levantar un muerto» con tanto desahogo, me triplique la cuota con que contribuyo mensualmente al sostenimiento de los Asilos de la Moncloa.

Espero, en cambio, que un periódico como *El Liberal*, á quien le sobra constante cosecha de ideas frescas y flamantes, no llevará á mal que ahora

salgamos aquí cogiendo
las hierbas que él arrojó.

Claro es que no faltará quien diga:

—¿Y á esto llaman ustedes VIDA NUEVA?... *Vida Vieja* deberían decir, y en vez de *A vuela-pluma*, poner *A pluma rancia*.

Algún razonable fundamento tendrá el que hable así, y á fe mía que, puesto ya el pie en el estribo, se me quitan las ganas de proseguir la tarea y se me pasan otras de dar asimismo la razón á los que afirman que este género de gacetilla volandera, está ya muy pasado de moda.

No sé quién—probablemente algún crítico de carpintería—las llamó *virutas literarias*, y lo cierto es que no resultan ya de un supremo «modernismo» cuando hasta en los Boletines Eclesiásticos las sirve y lanza á la circulación el mismísimo Nuncio Apostólico con la viveza y desenfado que se puede ver en las siguientes líneas:

«*Los graves perjuicios que está sufriendo la capital de esta monarquía con motivo de reunirse en ella los sacerdotes de conducta menos regular y ordenada de las diferentes diócesis de España*, han puesto á la Santa Sede en la precisión de prohibir, como efectivamente prohibe, á todos los ordinarios de este reino, que en lo sucesivo den dimisorias á los sacerdotes de su jurisdicción para esta villa y corte de Madrid y su diócesis, á menos que haya razones especiales para ello, y se haga previa inteligencia con el ordinario de dicha diócesis.»

¡De qué recursos, gran Dios, echaremos mano los míseros periodistas para reanimar el género, si hasta el propio Nuncio se pone á hacernos la competencia y á brindar *vuela-plumas* á los ordinarios?

¡A los ordinarios!...

Voy sospechando, decididamente, que esta sección constituye una verdadera ordinariez.

Pero ¡qué hemos de hacerle!—como ordinariamente decía el continuador de la historia de España, y como seguiría diciendo al presenciar los resultados de la tal continuación en esta que aún no sabemos si es interrupción violenta ó definitiva conclusión de dicha historia.

En ninguna parte como en nuestro bendito país es una verdad constantemente comprobada aquella de que «nada hay nuevo bajo el sol» ya sea el republicano Sol y Ortega, ya el reaccionario Carbonero y Sol.

En España, las mayores novedades no pasan de ser grandísimas vejeces.

Hará cosa de unos veintitrés años (para los que viven del presupuesto, parece que fué ayer) lanzó el conocido general de la República Sr. Martínez Campos el grito de ¡*Vida Nueva*! allá en Sagunto, y ya ven ustedes si el tal Sagunto venía siendo cosa antigua, y de antiguo mandada recoger.

Pues ahora—según me escribe *Lagartijo*, aunque por mano ajena, como cualquier pontífice—se ha puesto de moda en Córdoba el ir de gira al Puente de Alcolea. Y la moda cunde que es un gusto... Un gusto, sí, señor; pero, ¿me hace usted el favor de decirme en dónde está la novedad?

Ya que la moda nos lleva á aquellas amenas márgenes del Guadalquivir, bajemos unas cuantas leguas más al Mediodía, y nos encontraremos llevados de la mano—¡pero á tropezones!—por la ciega Actualidad, nada menos que á orillas del fatídico Guadalete.

En cada guardacantón, y aun en cada adoquín, surge un

cardo agorero de las tristes ruinas

que da ya por irremisible y totalmente consumada la pérdida de España, asustándose mucho ante esta tremenda novedad.

¿Novedad?...

Guadalete nos responde de lo contrario, y con tal elocuencia—al través de cien ediciones de la leyenda memorable—que aun hallándose efectivamente nuestra pobre monarquía española á punto de dar las boqueadas, y la nación á punto de sufrir novedad tan terrible como es la de la muerte, podemos decir, curados ya de espanto, lo que el capitán chileno de la zarzuela célebre:

—*Queamos... en que no ocurre noveá.*

Aquí, lo único que puede cogernos de sorpresa, por constituir la mayor de las novedades, es *¡vivir!*

No es otro en sustancia y síntesis el programa novísimo de VIDA NUEVA, y si lo realizamos, tanto para andar por casa como para que *ande el movimiento* por ahí afuera, habremos puesto una pica... en Biacnabató, que es nuestro esplendente y glorioso Flandes de ahora.

(Y al poner *nuestro*, usurpando caprichosamente tal adjetivo, permítaseme ponerlo en clase de español amante de las paces bien hechas y los Zanjones vistos ordeñar, poniendo á la vez un ojo en el general Primo, otro en Emilio Aguinaldo, y otro en el *maguinóo* Pedro Alejandro Molo Agustín Paterno de Vera Ignacio y Sampaguitas en Vinagre.)

¡Vivir!...

El programa podrá ser todo lo ineficaz é inútil que se quiera, hallándonos en plena agonía, y cuando lo más florido y fuerte y sano de la juventud española lleva tres años de no atenerse á otro programa que al de *¡vamos muriendo!;* pero no se me negará que aparte de lo positivamente higiénico, aquel grito no puede ser hoy más modernista ni más ortodoxo á la par.

Lo más ortodoxo era antaño afrontar hasta el martirio. Ogaño lo ha arreglado de otro modo el reverendísimo señor arzobispo de Manila.

El padre Nozaleda, despidiéndose de su diócesis —no á la española, sino á la francesa—con el clásico «*¡Ahí te quedas, mundo amargo!*» cuando luchan y sucumben por el honor de España un puñado de valientes y una gruesa de frailes, ha probado á la faz del orbe católico que, á pesar del hermoso

recedant vetera,
nova sint omnia,

del bueno de Santo Tomás, siempre habrá teólogos para quienes en los aprietos graves sea de una palpitante y provechosa actualidad el viejísimo «*¡A lo que estamos tuerta!*»

Sin saber á punto fijo quién es la tuerta esa de que habla la locución vulgar, y dejando al padre Nozaleda con la suya, ¡con mi tuerta me estoy yo!

Sí, señores. Estémonos con nuestra tuerta, si la tuerta es España, que ella sonará.

Con quien no se puede estar es con la ciega.

La ciega fatalidad, sin embargo,—que á ella me refería, y á ella viene abandonándose todo en estas latitudes—no se nos muestra tan cruel como hemos dado en decir y en lamentar.

Mientras nuestro ministro de Marina entra y sale, sube y baja, viene y va, como el más activo de los Mestres Martínez, su *contracolega* de Yanquilandia, el ministro de Marina Mr. Long se encuentra enfermo «hasta el punto de necesitar muletas para asistir á los consejos».

¡Eso es lo que tiene gobernar con los pies!

Nuestros gobernantes—cuyas manos son, por lo común, las que se notan más—están libres de achaques como el que molesta á Mr. Long.

Verdad es que en nuestros Consejos de Ministros, no son éstos los que entran ni salen lisiados, sino el país.

Con todo, bueno será que el gobernante que se tenga por más robusto é inmune, se fije en las barbas y en las lesiones del vecino; porque estas son cosas epidémicas.

Allá entran en Consejo con las muletas.

Y aquí pueden salir con las mulillas.

MARIANO DE **CÁVIA.**

Teatro político

Sucede hoy en política con el sistema parlamentario algo semejante á lo que ocurre en literatura con el drama: ni éste conmueve, ni aquel es respetado: uno ha perdido su encanto y otro su prestigio. Los poetas, en vez de inspirarse en la realidad, escriben comedias y dramas donde se proponen, como modelos, otras obras del mismo género; en vez de observar y sentir, copian é imitan. Los políticos, que debieran representar las ideas y aspiraciones del cuerpo social, pretenden llevarle á la zaga de su ambición. De modo que ni el teatro da la imagen de la vida, ni los Congresos expresan la voluntad de la nación; ante los escenarios no hay goce, ni ante las Cortes respeto; porque en los primeros falta verdad, y en los segundos, fuerza moral: á un tiempo, y por causas análogas parecen agotarse una fuente de poesía y un germen de autoridad.

Pero si pueden suponerse pueblos sin arte ó con arte defectuoso, no se concibe que ninguno viva sin que en él exista estrecha relación de dependencia entre lo que quieren los ciudadanos y lo que hacen sus mandatarios.

La esencia del sistema parlamentario consiste en que el pueblo elija por ejecutantes de su voluntad á los que piensen como él; de modo que luego, al obedecer lo legislado, se someta á lo mismo que deseaba. A esto se debe aspirar, y el último grado de perfección se lograría cuando el pueblo no escogiera á los más emprendedores, sino á los más fieles, para que no intentaran dar á la suya propia apariencia de voluntad nacional. Donde primero se ha de obedecer al país, es en las Cortes, y, sin embargo, desde hace ya muchos años, no representan más que los principios, las ideas, acaso el mero deseo—por no decir la ambición—de unos cuantos hombres seguidos de parciales que esperan de ellos su provecho. Allí no es capitán quien mejor dirige la lucha, sino quien más puede favorecer después del triunfo; el jefe no interpreta aspiraciones, las impone; domina al diputado, como éste se sobrepuso al elector; y á veces le basta amenazar con ser díscolo para ser tenido por caudillo.

En este desprestigio de las Cortes salen ganando los absolutistas, porque asisten al desdoro de lo que odian; pero los liberales están ciegos porque contribuyen á envilecer lo que proclaman: los primeros buscarán remedio en la dictadura, en el poder personal; harto saben que cuando se empequeñecen los más, tarda poco en surgir el amo. Pero los amantes de la libertad y la democracia ¿en qué organización pueden soñar á cuyo término no se vislumbre algo que, representando al cuerpo social, no sea primer elemento de Gobierno? A los que consideran al monarca enviado de Dios, poco se les da de la imperfección humana, que él sabrá remediarla; mas los que en su propia dignidad de hombres fundan su derecho ¿en qué lo sustentarán si la pierden?

Si en lo que se refiere á la gobernación del Estado se pudiese hacer lo que en arte, la mejor protesta contra el mal presente, sería el alejamiento: imitar al público que huye de los dramas donde el convencionalismo y la retórica matan á la verdad. Pero es lo amargo que la vida política es un espectáculo al que asiste uno aunque no quiera. Hasta los que por indiferencia y apatía no votan nunca, sancionan cuanto mal se hace, porque lo dejan hacer.

Entretanto, surgen, con ímpetu que ningún partido tuvo jamás, las naturales exigencias de la pobreza y el dolor. A las luchas por los derechos, que el parlamentarismo ha hecho estériles, sustituirán las guerras por el pan. Y si muy pronto no se procura la regeneración del sistema representativo, si no se consigue que dulcifique el sufrimiento social, el hambre tendrá razón, la ira justa lo barrerá todo, y en las ruinas de los Congresos, como entre los escombros de los teatros, se podrá poner una lápida que diga: «aquí hubo un templo á la mentira.»

JACINTO OCTAVIO **PICÓN.**

© Biblioteca Nacional de España